

Lorenzo de Zavala [Volney]

“Programa, objeto, plan y distribución del estudio de la historia”

p. 21-78

Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia

Juan A. Ortega y Medina (selección, introducción, estudio y notas)

Álvaro Matute Aguirre (prólogo a la tercera edición)

Eugenia W. Meyer (notas bibliográficas y apéndice biobibliográfico)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

542 p.

(Serie Documental, 8)

ISBN 968-36-9071-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 7 de marzo de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/polemicas/ensayos_mexicanos.html

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

PROGRAMA, OBJETO, PLAN Y DISTRIBUCIÓN DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA

LORENZO DE ZAVALA [VOLNEY]

LORENZO DE ZAVALA (1788-1836)

Originario de Tecoh, Yucatán, donde nació el 3 de octubre de 1788. Estudió en el Seminario Conciliar de San Ildefonso de Mérida. Fue miembro distinguido de las Juntas de San Juan con que Yucatán contribuyó a la Independencia. En 1822 formó parte del Primer Congreso Nacional. Digno miembro del grupo federalista, defendió sus convicciones radicales a través del periódico *El Águila Mexicana*. Formó parte de la logia yorkina. Luego fue elegido gobernador del Estado de México. Colaboró en el motín de la Acordada. Tras una larga carrera en las cámaras y actuaciones diplomáticas, volvió a México y radicó en Texas. Su actitud decidida a favor de la independencia de Texas (1836) lo malquistó con su patria y le acreó incluso la pérdida de su nacionalidad mexicana. De sus obras más importantes hay que recordar el *Ensayo histórico de las revoluciones de México desde 1808 a 1830*, publicado en París (v. I, 1831) y Nueva York (v. II, 1832), y el *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América* (París, Imprenta Decorchart, 1834).

PROGRAMA, OBJETO, PLAN Y DISTRIBUCIÓN DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA

Ensayo que apareció por primera vez en el órgano informativo *El Águila Mexicana*, el año de 1824. La importancia del presente estudio, que ahora reeditamos, radica en que puede considerarse como el despertar que don Lorenzo de Zavala busca en la intelectualidad mexicana, que ya consciente de su independencia debe investigar en sus raíces históricas para planear su futura evolución. Por su trascendencia historiográfica, el distinguido maestro don Luis Chávez Orozco (a quien se debe el mérito de haber reparado en el estudio de Zavala, así como de sacarlo a la luz), tras detallado cotejo, decidió reimprimirlo en 1954, en el *Diario de Yucatán*, donde fungía como editor don Carlos R. Menéndez. Aparte del sobretiro de este periódico, que lleva el título de *Cuadernos de historia, hombres y sucesos de otros tiempos*, en que se publicó la obra de Zavala, y de su publicación original, que apareció a partir del 7 de octubre de 1824, en el diario ya citado, ha sido reimpreso en las *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia* (t. XXIII, n. 3, julio-septiembre de 1964, p. 281-328) y todavía más recientemente ha sido incluido en el volumen 32 de la Biblioteca Porrúa, editada por Manuel González Ramírez, en el libro *Obras de Lorenzo de Zavala* (México, D. F., 1966, p. 35-81). Un artículo crítico al ensayo aquí incluido, escrito por Juan A. Ortega y Medina, apareció en el periódico *Novedades* (México en la Cultura, n. 936, 3a. época, México, D. F., febrero 26 de 1967) bajo el título de "Un plagio de don Lorenzo de Zavala".

1. TRASFONDO HISTÓRICO

El siglo XIX significó para México la centuria del desarrollo de las ideologías liberales. Si bien es verdad que las ideas de la Revolución Francesa de 1789 empiezan a penetrar clandestinamente en el país hacia finales del siglo XVIII, es igualmente cierto que ni ésta ni la propia independencia de las trece colonias de Norteamérica tendrían repercusiones manifiestas hasta los inicios del siglo pasado.

Es evidente que, aunque España pretendía mantener a la Nueva España y a las restantes provincias iberoamericanas alejadas de los problemas europeos, éstas, a través de libros, folletos y otras fuentes de información, en una u otra forma lograban informarse y, por consiguiente, los intelectuales —criollos en su mayoría— estaban al tanto de los cambios que ocurrían en el resto del mundo.

El inminente derrumbe del absolutismo habría de influir definitivamente en la vida política de México. La proclamación de independencia de México de la madre patria abrió en 1810 un periodo complejo y difícil dentro del ámbito político-económico nacional. La guerra civil asoló al país durante una década, pero dio fin con el Plan de Iguala de 1821, que otorgó a México su independencia política. Consumada la independencia, Agustín de Iturbide tomó a su cargo los asuntos públicos; logró que se le nombrase presidente de la Regencia, y el 21 de julio de 1822 obtuvo, con aplauso y unánime consenso, que se le coronase emperador. Pero este fugaz imperio sólo deparó nuevos brotes de violencia. Con el Plan de Casa Mata del 24 de enero de 1823, Antonio López de Santa Anna se rebela contra el imperio y pide la reinstalación de un congreso, así como el reconocimiento de la soberanía de la nación. El paso inmediato fue la renuncia de Iturbide (19 de marzo de 1823). Poco después, el 1.º de abril de 1824, se reunió un congreso constitucional para redactar la primera constitución política formal de México independiente, que se promulgó el 3 de octubre del mismo año con el nombre de Constitución Federal de los Estados Unidos Mexicanos. Mediante ella el país adoptaba un régimen federal, republicano y representativo.

Uno de los diputados constituyentes, el general Guadalupe Victoria, fue electo presidente de la República, cargo que ocupó desde el 1.º

de octubre de 1824 al 21 de marzo de 1829. De hecho, éste fue el primero y único régimen presidencial que se desarrolló casi en forma pacífica y regular durante toda esta primera centuria de vida independiente de México.

A lo largo del siglo XIX, México habría de sufrir muchas vicisitudes internas e intervenciones internacionales antes de lograr una paz y una estabilidad, más o menos seguras. Ni la independencia ni la Constitución de 1824 podían resolver en forma absoluta los problemas nacionales; de aquí que ese periodo decimonono llegase a ser tan determinante para el desarrollo político y social de nuestro país.

2. UNA LIGEREZA INTELECTUAL DE LORENZO DE ZAVALA

Uno de los personajes históricos que más ha inquietado y sigue inquietando la conciencia historiográfica mexicana es sin duda Lorenzo de Zavala. Sus actividades políticas, su actuación en la cuestión texana y sus obras, comentarios, críticas y traducciones han dado lugar a un incesante y siempre renovado empeño de interpretación por parte de los historiadores profesionales así como por los que circunstancial o aficionadamente lo han hecho y aún lo hacen blanco, con o sin justificación, de toda suerte de censuras, alabanzas, murmuraciones o reivindicaciones. El signo y la sustancia históricos de este controvertido personaje parecen afirmarse a través del tiempo y definirlo como un ser entrañablemente polémico y contradictorio.

La última hazaña de don Lorenzo justifica su fama una vez más; empero, la cosa no deja de ser chusca y hemos de confesar sinceramente que a punto estuvimos también nosotros de caer en la trampa hábilmente preparada por el autor con vista a deludir a sus contemporáneos y de rechazo a sus pósteros. El 28 de noviembre de 1954 comenzó a publicar el *Diario de Yucatán* de Mérida, en sus ediciones de jueves y domingos, una sugestiva serie de artículos, que aparecieron bajo el atractivo título de *Programa, objeto, plan y distribución del estudio de la Historia*, cuyo autor era nada menos que el famoso don Lorenzo de Zavala. Fue tal el éxito de esta serie que el director del periódico, don Carlos R. Menéndez, decidió agruparla en una especie de sobretiro* que incluyó en los *Cuadernos de Historia*, en la colección Hombres y Sucesos de Otros Tiempos. El citado editor, en prólogo brevísimo “Al lector”, advierte que con motivo de una visita del ilustre historiador don Luis Chávez Orozco a Mérida (octubre de 1954) tuvieron ambos amigos la oportunidad de conversar acerca del papel histórico e historiográfico representado por el inquieto político conkalense.

Chávez Orozco le comunicó la existencia de una “obra notable”, prácticamente desconocida, debida a la pluma del célebre yucateco; es decir, el *Programa* ya citado, que Zavala había publicado en *El Águila*

* Nosotros hemos utilizado un ejemplar del sobretiro, el número 192. Con asteriscos nuestras notas, las de los autores con arábigos. Editor.

Mexicana a partir del 7 de octubre de 1824. El historiador guanajuatense consideró sin duda alguna este trabajo por él descubierto como el “pre-cursor de [la] magistral obra en dos tomos”^{*} el *Ensayo histórico de las revoluciones de México, 1808-1830*, y llevó su generosidad hasta el extremo de permitir que el señor Menéndez lo publicase en su diario, como así sucedió en efecto según lo hemos relatado líneas arriba.

El editor en su sucinto proemio transcribe algunos fragmentos de una carta que le enviara Chávez Orozco, en los que éste se refiere a la obrita de Zavala en estos elogiosos términos: “La raíz del Zavala historiador no hay que buscarla exclusivamente en el *Juicio imparcial* y en el *manifiesto*, sino también en la base teórica que previamente (1824) elaboró en su *Programa, objeto, plan y distribución del estudio de la Historia*, obra llena no sólo de arrogancias juveniles y atisbos deslumbrantes y vigorosos, sino de tesis maduramente concebidas, como que han sido corroboradas después por las últimas teorías psicológicas.”^{**} Dejando a un lado lo del Zavala juvenil, puesto que cuando comenzó a publicar estos artículos en *El Águila Mexicana* tenía ya sus muy bien cumplidos 36 años, hay que admitir efectivamente con el comentarista que el programa *presentado* por Zavala es, por cierto, una obra de madurez emparentada, si se quiere, con el método crítico de Van Gennep y con el de Carlos Marx. Que por lo que toca a su contenido filosófico e histórico este ensayo se aproxima en cierto modo a la tesis de Max Scheller, y que, por último, en este opúsculo Zavala se atreve incluso a definir valientemente a Rousseau, “el ídolo del momento”, como un hombre que en sus *Confesiones* quiso inmolar su amor propio.^{***}

A decir verdad, el *descubrimiento* de Chávez Orozco parecía notable; gracias a sus desvelos de investigador podíamos conocer una faceta más, interesantísima, de Zavala. Prácticamente nadie conocía, salvo su descubridor, el seductor material atesorado en el diario de 1824; con su publicación se rendía un extraordinario servicio a la historia intelectual de México. Considerándolo así la Academia Mexicana de la Historia volvió a imprimir en sus *Memorias*^{****} el opúsculo citado, pues se estimó que la publicación yucatanense de 1954 no dejaba, pese a todo, de ser rara y por lo mismo tan desconocida o casi para la capital mexicana y para el resto de la República como la primera aparición de 1824. El responsable académico de esta tercera edición (o cuarta si se considera el sobretiro del diario) transcribió el

^{*} *Ibidem*, p. 7.

^{**} *Idem*.

^{***} *Ibidem*, p. 8.

^{****} T. XXIII, n. 3 (julio-septiembre), 1964, p. 292-328.

texto íntegro sin notas ni comentarios y por lo tanto sin poner en duda que se trataba de una obra original de don Lorenzo de Zavala. Dos años después, en 1966, el historiador Manuel González Ramírez volvió a incluir el texto ya indicado en el volumen 32 de la Biblioteca Porrúa, consagrado a las *Obras** de Zavala en cuanto periodista y traductor, y por supuesto tampoco aparecen notas ni comentarios orientadores en el mismo. Este último editor estima por consiguiente que la obra es de Zavala; se limita a recogerla no directamente sino de las *Memorias* académicas y la estampa, junto con otros trabajos del mismo autor, en la primera sección consagrada al “periodista”.

Recuérdese lo que insinuamos al principio sobre la trampa del incorregible yucateco, y que ya ha llegado el momento de poner a descubierto mediante el aporte de los detalles esclarecedores del caso. Don Lorenzo de Zavala nos ha jugado una mala pasada; se la jugó a un historiador tan inteligente y hábil como Chávez Orozco, al entusiasta señor Menéndez, también a la docta academia, al licenciado González Ramírez y asimismo a un historiador y crítico tan perspicaz como Agustín Cue Cánovas.** Aunque mucho nos desilusione saberlo, se trata simplemente de un plagio. Don Lorenzo de Zavala a los 36 años y 4 días de su vida comienza a fusilarse (a traducir) las un tanto raras *Leçons d'Histoire* de un ilustrado francés de segunda fila: el conde de Volney.

Hay que suponer que durante el primer viaje de Zavala a Europa (1820-1822) cayó en sus manos el poco conocido librito de Volney, *Lecciones de Historia*, publicado en París el año III, en el que se recogen las pláticas o sesiones sostenidas por el autor en el anfiteatro del Jardín de Plantas y aprobadas por las autoridades escolares de la Escuela Normal. El subtítulo de estas lecciones corresponde íntegramente al que estampó Zavala a la cabeza de la traducción: *Programa, objeto, plan*, etcétera. Nosotros no hemos podido consultar aún la primera edición original francesa; pero sí hemos consultado en la Biblioteca Nacional un pequeño volumen,** cuarto menor, con la traducción al español de las lecciones de Volney, en cuya portada se lee lo siguiente: *Lecciones de Historia* pronunciadas en la Escuela Normal, por M. Volney, Par de Francia, autor de *Las ruinas de Palmira*, etcétera, París, Imprenta de David, 1827.

El nombre del mediano traductor permanece en la sombra; pero del cotejo cuidadoso de su texto con el de Zavala se deduce enseguida

* México, Editorial Porrúa, p. 35-81.

** Catalogación: 904, v. 1.

*** Véase “Libros e ideas”, *El Nacional*, 21-VII-55.

que se trata de la misma obra; mas la traducción de Zavala nos parece mejor que la del anónimo traductor, y escribimos “nos parece” porque sólo la comparación meticulosa de ambas traducciones con el texto original francés podría determinar con justicia el caso. Aclarado hasta aquí todo lo anterior, es lógico que surja ahora en el lector, con impaciencia, la pregunta obligada acerca de la inclusión en esta insólita antología historiográfica mexicana de un texto de Volney traducido por Zavala. Pues bien, la razón principal estriba en que cuando planeamos esta cretomatía consideramos imprescindible la inclusión del ensayo zavaliano puesto que, como todos, lo creíamos original; desecharlo ahora equivaldría a trastocar nuestro proyecto; empero una segunda razón, tan poderosa como la anterior, o más si cabe, es que toda traducción lleva consigo la originalidad interpretativa de su traductor, como ocurre aquí con Zavala, siempre que éste no resulte —como no resulta—, de aplicarle el dicho italiano, *traditore*, al menos en el terreno estrictamente intelectual. En cierto modo, el traductor recrea el texto, lo lima de toda excrecencia deísta, lo mexicaniza en más de una ejemplificación y lo hace *nuestro* en cuanto a los objetivos que con ello perseguía en 1824.

Si se lee cuidadosa y maliciosamente el texto de Zavala se nota en alguna que otra página que está traduciendo; apenas empezado su trabajo, en el párrafo 19, se refiere a un “anfiteatro” en donde se daban de seguro las lecciones; pero como el presunto autor no estaba exponiendo de viva voz, sino escribiendo en un diario nacional para el público lector mexicano, ajeno a todo anfiteatro o salón de conferencias, comenzamos a sospechar que el texto que había intentado hacer pasar Zavala por suyo no lo era en modo alguno. Ya para finalizar su obra alude por segunda vez a Volney, se refiere al viaje de éste a Siria y al nuevo método de investigación histórica utilizado por el viajero francés. Aunado a esto hallamos que el texto transpiraba un ideario ilustrado bien digerido que por aquí y por allá mostraba un inconfundible desdén histórico de raíz cartesiana y volteriana. Nos extrañó mucho que un hombre como Zavala, tan convencido como él lo estuvo, y en esto todos sus críticos coinciden, de la utilidad política y formativa de la Historia, aceptase sin reparo alguno el desprecio ilustrado, intelectualista, dieciochesco, hacia el pueblo trabajador, hacia los artesanos y labradores. La enseñanza de la Historia no era útil ni provechosa para los niños, sobre todo para los de la clase popular, los futuros trabajadores del mañana, a los cuales de nada les servirían los conocimientos históricos salvo para perder el tiempo y entorpecer sus esfuerzos productivos. Para un país como México, que necesitaba urgentemente forjarse una conciencia nacional, tal como

la entendió patéticamente don Carlos María de Bustamante, de aquí sus renovados esfuerzos historiográficos, y como también la entendió en un sentido más liberal don Lorenzo de Zavala, como lo demuestran sus múltiples alegatos en el *Ensayo* y en el *Viaje*, el egoísta menosprecio ilustrado no tenía sentido, supuesto que las circunstancias mexicanas eran distintas. El Zavala que estaba empeñado en desterrar los hábitos tradicionales del pueblo mexicano mediante la utilidad del conocimiento histórico; el Zavala que quería “la mejora social”, la “ilustración del pueblo” y el “alimento del espíritu” de éste* se compadecía difícilmente con el Zavala ilustrado y desdeñoso que se trasparentaba en el opúsculo tantas veces citado. Atando todos estos sospechosos cabos sueltos llegamos a la certidumbre de que la obra no era original de Zavala. ¿Pero, entonces de quién era? Alguno que otro galicismo, y hay muchos a lo largo del texto, nos llevó a concluir que se trataba de una traducción. Eliminadas las grandes figuras ilustradas francesas, como Montesquieu, Voltaire, Condorcet, Turgot, etcétera, nos quedamos con unas cuantas secundarias como Mallet, Mably, Volney, y por autoeliminación efectuada por este último, de acuerdo con su propio texto, nos redujimos a él. La oportunidad de encontrar en la Biblioteca Nacional, según dijimos, las *Lecciones* en traducción española nos aclaró el asunto, a saber: que el texto original pertenece a Volney.

Independientemente de la equivocación sufrida por el historiador Luis Chávez Orozco en cuanto a la paternidad del texto en cuestión, hay que admitir con él, sin reserva alguna, que las ideas de Volney traducidas por Zavala dejaron en éste una profunda huella. En efecto, a lo largo del *Ensayo histórico* puede comprobarse la influencia o raíces volneianas, y sobre todo en el *Viaje a los Estados Unidos*. Zavala dejó sin traducir gran parte de la “Sesión sexta”, cosa de cuarenta páginas, en las cuales Volney toca algunos nuevos tópicos históricos. Estudia, por ejemplo, los diversos grupos lingüísticos europeo-asiáticos, o indoeuropeos como decimos ahora; realiza una crítica acerba contra las guerras; analiza críticamente la situación económica, política, racial y cultural de su tiempo y, sobre todo, como buen ilustrado, toma parte activa en la polémica típica de su época y se declara partidario, en todos los aspectos, de los *modernos* a costa de los *antiguos*, esto es, de los clásicos. Esta añeja controversia es recogida por Zavala y va a servirle para nutrir su conciencia histórica liberal. Claro está que en el yucateco el litigio no es ya exactamente el mismo, sino el de la decidida

* Cfr. *Ensayo histórico*, v. II, 3a. edición de Alfonso Toro, México, Oficina Impresora de Hacienda, 1918, p. 320.

preferencia por los *modernos* hombres norteamericanos (en todo superiores) y su desdén para los “escombros góticos”^{*} o antiguos (contemporáneos): españoles y europeos e hispanoamericanos. La admiración y el entusiasmo de don Lorenzo de Zavala por los Estados Unidos es la proyección, ya en valores liberales, del entusiasmo y admiración de los hombres ilustrados por sus propias realizaciones modernas, racionales, triunfadoras y confianzudas.

Antes de terminar deseamos interpolar una noticia curiosa, hija de nuestra propia experiencia en este caso. Resulta elocuente ver cómo se puede realizar una y otra vez la lectura de un texto sin caer en la cuenta de la probable relación del mismo con lo leído antes o después. Como siempre ocurre, tras que los enigmas han sido aclarados, la comprobación del plagio la pudimos verificar *a posteriori* gracias al texto de Manuel Larrainzar (tercero en nuestra serie) intitulado: *Algunas ideas sobre la historia y manera de escribir la de México*, publicado en 1865, en donde el autor se refiere en la sección cuarta a las cuatro maneras de tratar la Historia, de acuerdo con Volney. Como Larrainzar al inspirarse en los métodos del francés dejó a un lado el segundo método, es decir el *dramático* o *sistemático*, contribuyó a nuestro despiste primero. Al leer después con más atención lo que nos transcribe el chiapaneco, caímos en la cuenta de la semejanza, en este punto, entre Zavala y Larrainzar (Volney). Y como Larrainzar cita entre las *Oeuvres complètes* de Volney las “Leçons d’Histoire” (60. séance, p. 584), ya no nos quedó ningún motivo de duda en cuanto a la identificación del texto volneiano traducido por Zavala.

Tentados hemos estado a incluir un estudio o juicio crítico del texto volney-zavaliano; empero ya no tendría caso especular con toda una serie de ideas y tópicos ilustrados que en definitiva no pertenecen a nuestro Zavala. Creemos, sin embargo, que el lector acucioso especulará por su cuenta sobre tales argumentos y sabrá situarlos en las circunstancias históricas mexicanas de 1824.

^{*} Cfr. *Viaje a los Estados Unidos del Norte de América*, Mérida de Yucatán, Imprenta de Castillo y Cía., 1846, p. 368.

3. TEXTO

PROGRAMA, OBJETO, PLAN Y DISTRIBUCIÓN DEL ESTUDIO DE LA HISTORIA

Si se quiere considerar la Historia como una ciencia, difiere absolutamente de las ciencias físicas y matemáticas. En éstas los hechos subsisten; están presentes y pueden ser manifestados al espectador y al testigo. En la Historia, por el contrario, los hechos están muertos, y no puede hacérseles resucitar delante del espectador ni confrontarlos con el testigo. Las ciencias físicas, afectan inmediatamente los sentidos; la Historia se dirige a la imaginación y a la memoria y de aquí resulta entre los hechos físicos, es decir, *existentes*, y los históricos, esto es, *referidos*, una enorme diferencia en cuanto a la creencia que se les puede dar. Los primeros traen consigo la evidencia y la certidumbre, porque son ostensibles, y se manifiestan en persona sobre la escena invariable del universo, por el contrario de los hechos históricos, pues no aparecen sino en fantasmas en el espejo irregular del entendimiento humano, en donde se pliegan a las proyecciones más extrañas, y no pueden adquirir más fuerza que la de la *verosimilitud* o probabilidad. Luego es necesario para valuar el grado de credibilidad que les pertenece, examinarlos bajo un doble aspecto. *Primero*: el de su relación de analogía o incompatibilidad con los hechos físicos de la misma especie, subsistentes aún y conocidos: lo que constituye su posibilidad. *Segundo*: bajo las relaciones o respecto de los que refieren los sucesos de sus testigos, investigándolos en sus facultades morales, en sus medios de instrucción, de información, en su imparcialidad, y esto constituye la *probabilidad moral* y esta operación es el juicio complicado de una doble refracción, que por la movilidad de los objetos hace el juicio sumamente aventurado y susceptible de muchos errores.

Aplicando estas observaciones a los principales historiadores antiguos y modernos, nos proponemos examinar en el curso de estas reflexiones qué carácter presenta la Historia en los diferentes pueblos: qué carácter ha tomado de un siglo a esta parte en la Europa. Haremos observar la notable diferencia que se encuentra en el genio histórico de una misma nación, según los progresos de su civilización,

según la graduación de sus conocimientos exactos y físicos, y de estas investigaciones saldrán muchas cuestiones importantes.

- 1a. ¿Qué grado de certidumbre, qué grado de confianza se debe dar a las relaciones de la Historia en general, y en ciertos casos particulares?
- 2a. ¿Qué importancia debe atribuirse a los hechos históricos y qué ventajas o qué inconvenientes resultan de la opinión de esta importancia?
- 3a. ¿Qué utilidad social y práctica se debe proponer en el estudio y en la enseñanza de la Historia?

Para desenvolver los medios de llenar este objeto de utilidad, resolveremos en qué grado de instrucción pública debe estar colocado el estudio de la Historia; si este estudio conviene a las escuelas primarias, y qué partes de la Historia pueden convenir según la edad y estado de los ciudadanos.

Consideraremos qué hombres deben aplicarse, y cuáles destinarse al estudio y enseñanza de la Historia; qué método parece el más preferible para la enseñanza; de qué fuentes se debe sacar el conocimiento de la Historia, o buscar sus materiales; con qué precauciones y con qué medios se debe escribir; cuáles son las diversas maneras de escribirla, según los objetos; cuáles son las diferentes distribuciones de estos objetos; cuál es, en fin, la influencia que los historiadores ejercen sobre el juicio de la posteridad, sobre las operaciones de los gobiernos y sobre la suerte de los pueblos.

Después de haber considerado la Historia como narración de hechos, considerando los hechos mismos como un *curso de experiencias involuntarias que el género experimenta sobre sí mismo*, intentaremos trazar un cuadro sumario de la Historia general, para reunir las verdades más interesantes. Seguiremos la marcha y los progresos entre los pueblos más célebres.

- 1o. De las artes, agricultura, comercio y navegación.
- 2o. De las diversas ciencias, tales como la astronomía, la geografía, la física.
- 3o. De la moral privada y pública, examinando qué ideas se han formado de ésta en las diversas épocas.
- 4o. En fin, observaremos la marcha y los progresos de la legislación; consideraremos el nacimiento de los códigos civiles y religiosos, los más notables; investigaremos qué orden de transmisión han seguido estos códigos de pueblo en pueblo, de generación en generación; qué efecto han producido en los hábitos, en las costumbres, en el carácter de las naciones; qué analogía existe entre el

carácter y costumbres de los pueblos con el clima, y con el estado físico del suelo que habitan; qué mutaciones producen en estas costumbres las mezclas de castas y las transmigraciones, y, echando un golpe de vista sobre el actual estado del globo, terminaré por proponer el examen de estas dos cuestiones:

- 1a. ¿A qué grado de civilización puede apreciarse haber llegado el género humano?
- 2a. ¿Qué indicaciones generales resultan de la Historia para el adelantamiento de la civilización y para las mejoras de la sociedad?¹

* Acabamos de medir con un golpe de vista rápido la carrera que vamos a emprender; es hermosa sin duda por su extensión, y por su objeto; pero al mismo tiempo ofrece graves dificultades. Consisten éstas en tres principales puntos:

- 1o. La novedad del objeto; en efecto será una manera nueva de tratar la Historia, el no limitarla ya a uno o algunos pueblos, sobre cuyos sucesos se acumula todo el interés, desheredando a los demás de este derecho, sin que pueda darse otra razón de esta conducta que el no haberlos estudiado y conocido.
- 2o. La complicación que naturalmente nace de la extensión misma y de la grandeza de la materia que abraza tantos hechos y acontecimientos; que considera al género humano entero como una sola sociedad; a los pueblos como individuos, y que, recorriendo la vida de estos individuos y de estas sociedades, busca hechos numerosos y repetidos cuyos resultados constituyen lo que se llama reglas y principios; porque en el orden moral los principios no son criterios fijos y abstractos, independientes de la humanidad; los *principios son hechos sumarios y generales*, como resultados de la repetición de hechos particulares, que por esto vienen a ser, no *reglas tiránicas* de conducta, sino bases de cálculos *aproximados* de *verosimilitud*, y de probabilidades.²

¹ Se extrañará que en un periódico se trate de insertar el vasto plan que acabamos de anunciar. Pero digan lo que quieran los descontentos; la escasez de imprentas, y falta de suscriptores a obras, obliga a usar los periódicos que, al fin, muchas veces se llenan de asuntos menos interesantes. Que nuestros pueblos aprendan; que los jóvenes aplicados se impregnen de los útiles principios que vamos a publicar. Éste es nuestro objeto. Quizá estos números de este periódico servirán de base y elementos para algunas lecciones en los colegios y casas de educación nacionales. [En este texto así como en los siguientes, como ya se ha indicado, con arábigos las notas de los autores, con asteriscos las nuestras. Editor.]

* Aquí comienza la lección siguiente o "Sesión segunda" de las *Lecciones de Historia* pronunciadas en la Escuela Normal por M. Volney (p. 23 de la edición parisina, en español, de 1827).

² Analicemos, por ejemplo, el principio fundamental de los movimientos actuales de Europa y América todos los hombres nacen iguales en derechos: *¿Qué es esta máxima sino el*

30. En fin, la naturaleza misma del asunto, porque, como hemos dicho en el programa, los hechos históricos no pudiendo presentarse a los sentidos, sino sólo a la memoria, no traen consigo aquella convicción que no deja lugar a la réplica; dejan siempre un fondo de incertidumbre a la opinión, y al sentimiento íntimo, y cuantas veces se ocurre al sentimiento íntimo y a la opinión se tocan cuerdas delicadas y peligrosas, porque a su vibración el amor propio está pronto a alarmarse. En este sentido, observaremos la regla de prudencia que prescribe la igualdad, tomada en su verdadero sentido: el de la justicia. Porque en caso de que nosotros no adoptemos o de que nos veamos obligados a impugnar las opiniones de otro acordándonos que tiene éste un *derecho* de defenderlas, y que no ha debido, del mismo modo que nosotros, adoptarlas, sino por persuasión, tributaremos a sus opiniones el respeto y tolerancia que nosotros tenemos derecho a exigir para las nuestras.

En las demás ciencias que se tratan en este anfiteatro,* la ruta está marcada así por el orden natural de los hechos, como por los métodos sabios de sus autores. En la Historia, en el modo como la vemos, el camino es nuevo, y sin modelo. Tenemos, es verdad, muchos libros con el título de *Historias universales*. Pero además del estilo declamatorio del colegio (defecto que se nota en los más célebres), tienen también el defecto de no escribir sino *Historias parciales* de pequeños pueblos, y panegíricos de familias. Nuestros historiadores clásicos de Europa no han hablado más que de los *griegos, romanos y judíos*, porque nosotros somos, si no los descendientes, al menos los herederos de estos pueblos por sus leyes civiles y religiosas, por su idioma, por sus ciencias, y por su territorio; de suerte que no parece que hasta ahora la historia haya sido tratada con la universalidad que debe serlo, sobre todo cuando una nación se eleva a un grado bastante de conocimientos y de filosofía para despojarse de ese *egoísmo salvaje y feroz* que entre los antiguos concentraba el universo en una ciudad, en una villa, o aldea, y *consagraba el odio de todos los demás* bajo el nombre de *amor a la patria*; en vez de echar sobre ellos una mirada de fraternidad, la que, sin destruir una justa defensa de sí mis-

hecho colectivo y sumario deducido de una multitud de hechos particulares, según los cuales habiendo examinado y comparado uno a uno la totalidad, o al menos una inmensa multitud de individuos y encontrándolos dotados de órganos y de facultades semejantes, se ha concluido como en una adición el hecho total de que los hombres nacen iguales en derechos?... Falta definir lo que es un derecho, y esta definición es más espinosa de lo que generalmente se piensa.

* He aquí, con esta palabra "anfiteatro", la prueba palmaria, según indicamos, de que Zavala se traicionó a sí mismo en la traducción. No cayó en la cuenta de que escribía [traduciendo] para el lector del periódico. En la versión castellana, ya citada, se lee así el párrafo: "Los profesores de las ciencias que se explican en este anfiteatro..." (p. 28).

mo, deja sin embargo subsistir todos los sentimientos de familia y de consanguinidad.

Las dificultades de que acabamos de hablar haciéndonos sumamente necesario el orden y el método nos obligan al mismo tiempo a conservar cuidadosamente el hilo en tan vasta materia. Para asegurar nuestro primer paso, examinemos lo que debe entenderse por esta palabra: *historia*; porque siendo las palabras los signos de las ideas, tienen más importancia que lo que parece; son rótulos puestos sobre cajas que muchas veces no contienen los mismos objetos que enuncian, y por tanto es necesario abrirlas, para asegurarse de su contenido.

La palabra *historia* parece haber sido empleada entre los antiguos en una acepción muy diferente, que la que ha tenido entre los modernos. Los griegos, autores de esta voz, designaron por una *pesquisición*, una *investigación hecha con cuidado*, y en este sentido usa de ella Herodoto. Entre los modernos, por el contrario, ha tomado el sentido de *narración*, o *relación*, siempre con la pretensión de veracidad; los antiguos buscaban la verdad; los modernos han pretendido tenerla; la pretensión temeraria cuando se considera cuánto se necesita, principalmente en los hechos políticos, para conseguirla. Sin duda el conocimiento de esta verdad hizo que los antiguos adoptasen un término tan modesto y, con este mismo sentimiento, será para nosotros la palabra *Historia* sinónimo de *investigación*, *examen*, *estudio de hechos*.

En efecto, la Historia no es sino una verdadera investigación de hechos; y no llegando a nosotros estos hechos, sino por intermedios, suponen un interrogatorio, una audiencia de testigos. El historiador que está penetrado en sus deberes se ha de mirar como un juez que llama ante sí los contadores y los testigos de los hechos, los confronta, les pregunta y procura alcanzar la verdad, es decir, llegar a la existencia del *hecho tal como ha acontecido*. Pero no pudiendo ver jamás el hecho por sí mismo, no pudiendo convencer sus sentidos, es incontestable que jamás podrá tampoco adquirir la certidumbre en el primer grado; que sólo podrá juzgar por analogías, y de aquí esa necesidad de considerar los hechos bajo un doble aspecto: 1o. con relación a su propia esencia, 2o. con relación a los testigos.

Bajo el respecto de su propia existencia, los hechos no tienen en la *naturaleza*, en el sistema del universo, más que una manera de ser, manera constante y singular; bajo este aspecto, la regla del juicio es fácil e invariable. Si los hechos que se refieren se parecen al orden conocido de la naturaleza; si están en el orden de los seres existentes, o posibles, adquieren ya para el historiador la verosimilitud y la probabilidad; pero esto mismo introduce una diferencia en los juicios que pueden pronunciarse, pues cada uno juzga de la probabilidad y de la

verosimilitud, según la extensión y especie de sus conocimientos. En efecto, para aplicar la analogía de un hecho no conocido es necesario conocer el hecho al cual debe comparársele, es necesario tener la medida; de suerte que la esfera de las analogías es más o menos extensa en razón de los conocimientos exactos ya adquiridos, lo que no deja de producir los rayos del juicio y, por consiguiente, de la certidumbre en muchos casos; pero, por lo mismo, no hay un grave inconveniente en esto; por lo que dice muy sabiamente un proverbio oriental: *el que mucho cree, mucho se engaña*. Si hay algún derecho en la naturaleza, lo es el de no obligar a la conciencia a abrazar lo que le repugna: el de dudar lo que no se concibe. Herodoto nos da un ejemplo digno de ser citado, cuando hablando del viaje de un buque fenicio que Nechos, rey de Egipto, hizo partir por el Mar Rojo, y que tres años después volvió por el Mediterráneo, dice: “Los fenicios contaban a su regreso que, haciéndose a la vela alrededor de la Libia, habían tenido el sol [al salir] a su derecha. Este hecho no parece creíble; pero puede parecerlo a otros muchos.”* Esta circunstancia viene a ser la prueba más fuerte del hecho; y Herodoto que se ha engañado en su juicio me parece muy digno de alabanza: 1o. Por haber referido el hecho sin alteración; 2o. Por no haber excedido la medida de sus conocimientos, no creyendo sobre la palabra de otro lo que por sus luces no podría concebir. Otros historiadores y geógrafos antiguos más presuntuosos, Strabón por ejemplo, han negado todo el hecho, a causa de su circunstancia; y su error demostrado el día de hoy es un consejo útil contra las pretensiones de los semisabios; y está probado ya que rehusar el asenso a lo que no se concibe es una máxima prudente, un derecho natural, un deber de la razón; porque si se excediese la medida de la convicción, regla única de todo juicio, nos veríamos conducidos de lo desconocido a lo inverosímil, y de lo inverosímil a las extravagancias y absurdos.

El segundo aspecto, bajo el cual deben ser examinados los hechos, el de sus testigos, es mucho más difícil y complicado que el otro; porque aquí las reglas no son fijas y constantes como las de la naturaleza; son por el contrario variables como el entendimiento humano, y éste puede compararse a esos espejos irregulares convexos y cóncavos, que divierten tanto en las lecciones de física por las extravagantes desfiguraciones que presentan. Esta comparación debe parecer tanto más feliz cuanto que se aplica en un doble sentido. Porque si por un lado los cuadros de la naturaleza, siempre irregulares, han sido deformados al pintarse en el entendimiento, como muchas veces sucede, y

* Zavala, en este caso, no transcribe la cita erudita de Volney: “Herodoto, lib. 4, § XLII, traducción de Larcher.”

por otro estas caricaturas que han producido, sometidas de nuevo a su reflexión, pueden rectificarse por las mismas reglas en sentido inverso, y recobrar las formas regulares de su primer tipo la *naturaleza*.

El entendimiento es como la onda móvil, en que los objetos se desfiguran por sus ondulaciones de muchos géneros; ya por las de las pasiones ya también por la negligencia, o por la incapacidad de ver mejor, o por la ignorancia. Ved aquí cuántos artículos se presentan sobre los cuales el investigador de la verdad, el historiador debe preguntar a los testigos sin cesar; ¿y él mismo estará exento de sus faltas? ¿No es un hombre como ellos? La indolencia, la falta de luces y la preocupación, ¿no serán la constante herencia de la humanidad? Examinad, os ruego, lo que acontece cuando un suceso llega a nosotros por tercer o cuarto conducto. ¿Llega alguna vez exacto? Más bien parece a aquellos objetos que reflejados por un espejo, y experimentando diversas desviaciones, y ondulaciones, llega muy desfigurado a nuestros ojos. La sola traducción de un idioma a otro hace ya sufrir notables alteraciones a los pensamientos sin contar con los errores de palabras. En una misma lengua, en un mismo país, bajo nuestros mismos ojos, vemos lo que pasa todos los días. Un suceso acaecido en la misma ciudad, cerca de nosotros, en el recinto en que estamos; oímos a diversos testigos; muchas veces uno mismo no se conviene en las diferentes circunstancias, y aun en el fondo del suceso. Se ha hecho una experiencia bastante curiosa viajando. Acaece un suceso en una ciudad; ha sido visto por el viajero; a las diez leguas del lugar, lo oye contar de un modo diferente, y de ciudad en ciudad, de eco en eco, termina en desconocer el mismo suceso, hasta el grado de llegar a dudar de su propio testimonio viendo la ciega confianza de los demás.

Pero si es difícil demostrar la *existencia precisa*, es decir la *verdad* de los hechos entre nosotros, ¿hasta qué grado no debería aumentarse esta dificultad entre los antiguos, que no tenían los medios de certidumbre que nosotros? No entraré en los detalles interesantes que deben hacerse en esta materia; pero después de haber hablado de las dificultades naturales de conocer la verdad, insistiré sobre la que tiene relación a las pasiones de los que refieren los sucesos, y de los testigos; lo que puede llamarse parcialidad; y ésta puede dividirse en dos partes: *parcialidad voluntaria y parcialidad forzada*. Esta última inspirada en el temor, pertenece a los estados despóticos, en donde la manifestación de los hechos sería necesariamente la censura perpetua del gobierno. En tales estados, si un hombre tiene el valor de escribir los hechos más notorios, aquellos que la opinión pública marca como indudables, su libro no podrá ser impreso; si se imprime no podrá divulgarse, y por una consecuencia de orden regular de las cosas, nadie se atreverá a

escribir, o se escribirá con obscuridad, disimulación y mentira. Tal es el carácter de la mayor parte de las historias.

La parcialidad voluntaria aún tiene efectos más extendidos porque, teniendo para hablar los motivos que otro tiene para callar, ve en el error y en la mentira su bienestar. Los tiranos amenazan a éste, y apoyan a aquél; pagan las alabanzas, suscitan las pasiones y, después de haber mentido a su siglo por sus acciones, engañan a la posteridad por las relaciones que se hacen de ellas a su salario.

No he hablado de otra parcialidad involuntaria pero no menos peligrosa: la de las preocupaciones civiles o religiosas en que nacemos, en que se nos educa. Echando un golpe de ojo general sobre los que refieren los sucesos, apenas se verán unos pocos desprendidos de ellas. Los antiguos mismos estuvieron contaminados de su influencia; cuando se considera que desde la más tierna edad, todo cuanto nos rodea conspira a impregnarnos; que nuestras opiniones sólo son el resultado de los hábitos, de las afecciones, y que nuestros pensamientos nacen de la persuasión, de las amenazas, de las promesas, de la fuerza misma; que nuestra razón se halla embarazada por mil barreras, envuelta de tinieblas por todas partes; se conoce desde luego que por la organización misma del hombre sólo es una *fábrica de errores*. Y cuando por una sólida reflexión, pensemos que en tales circunstancias habríamos sido igualmente atacados de los mismos errores; y que si por casualidad poseemos la verdad, no la debemos quizá más que a los errores de los que nos han precedido; lejos de tener por esto un sentimiento de orgullo y menosprecio, sólo debemos dar gracias a la Providencia que nos haya hecho nacer en estos días de libertad, en que el hombre es lícito sentir según los impulsos de la naturaleza, y pensar por su propia conciencia; y temiendo por el ejemplo de los otros que esta conciencia no sea errónea, jamás debemos hacer de esta *libertad* un uso contradictoriamente tiránico; entonces estableceremos, si no la unidad y opiniones, al menos su *tolerancia*, que es lo primero y la base de la paz y unión.

En el número siguiente examinaremos cuáles han sido entre los antiguos pueblos los materiales de la historia, y los medios de información, y comparando su estado civil y moral al de los modernos, haremos conocer la especie de revolución que ha introducido la imprenta en este ramo de nuestros estudios y conocimientos.

* Hemos ya visto que para apreciar la certidumbre de los hechos históricos, se debe pensar en los que refieren y en los testigos: 1o. Los medios de instrucción y de información. 2o. La extensión de sus fa-

* Comienza la "Sesión tercera".

cultades morales, que son la sagacidad o el discernimiento. 3o. Los intereses y las afecciones, de donde pueden resultar tres especies de parcialidades: la del temor, la de la seducción y la de las preocupaciones de la infancia y de la educación. Esta última no por ser excusable deja de ser la más poderosa y perjudicial, porque se deriva y autoriza de los intereses de *naciones enteras* que, en sus errores, no menos obstinadas y más orgullosas que los individuos ejercen sobre sus miembros el más *arbitrario* y el más *pesado de los despotismos*: el de las preocupaciones nacionales, ya civiles, ya religiosas.

Tendremos más de una ocasión de volver a tratar sobre las diversas condiciones del valor de los testimonios. En esta vez voy a examinar los diferentes grados de autoridad, que resultan de su distancia mayor o menor de los hechos y de los acontecimientos.

Al examinar los diversos testigos o contadores de historias, se les puede colocar en muchas clases graduales y sucesivas, que tienen más o menos títulos a nuestra creencia. La primera es la del historiador, actor y autor. De este género son la mayor parte de los escritores de memorias personales, actas civiles, viajes, etcétera. Pasando los hechos de ellos a nosotros, no han sufrido más que pequeñas alteraciones; las relaciones tienen su mayor grado de autenticidad. Pero después la creencia está sometida a todas las condiciones morales de interés, de afección y sagacidad de que hemos hablado, y su peso recibe disminución, siempre numerosa, porque en estas producciones se ve obrar en primer grado el interés de personalidad. Luego los escritores autógrafos no tienen derecho a nuestra creencia sino cuando sus relaciones son: 1a. Verosímiles, porque es preciso confesar que en algunos casos, traen consigo un concurso tan natural de acontecimientos y de circunstancias, una serie tan bien combinada de causas y efectos, que involuntariamente nuestra confianza queda como embargada y se reconoce, como se dice, *el sello* de la verdad, que entretanto sólo es el de la conciencia. 2a. Que sean apoyados los hechos por otros testigos igualmente sujetos a la ley de las verosimilitudes. Síguese de aquí, que aun en su más alto grado de credibilidad, las relaciones históricas están sujetas a todas las formalidades judiciales, del examen y audiencia de testigos, que una experiencia larga y multiplicada ha introducido en la jurisprudencia de las naciones; síguese también que un solo testigo, un solo escritor no tienen el derecho de obligarnos a creerlos; y que es un error mirar como constante un hecho que no tiene más que un solo testigo; pues que si pudieran ser llamados muchos, habría ciertamente modificaciones y contradicciones en el modo de referirlo.

Así es que regularmente se miran los comentarios de Julio César como un trozo de historia, que por la cualidad de su autor, y no haber

sido contrariado, lleva un carácter eminente de certidumbre. Sin embargo, Suetonio nos dice que *Asinio Polión* había observado en sus anales que un gran número de hechos citados por *César* no fueron exactamente como los había presentado, porque muchas veces había incido en errores a causa de los falsos informes de sus oficiales; y *Polión*, a quien su calidad de hombre consular y de amigo de Horacio y de Virgilio dan un testimonio de peso, indicaba que *César* había tenido interés en disfrazar la verdad en muchas partes.*

La segunda clase es la de los testigos inmediatos y presentes a la acción, que no traen la apariencia de un interés personal, como el autor, el actor. Este testimonio inspira en general mucha mayor confianza y más alto grado de credibilidad siempre con la condición de verosimilitudes: 1o. según el número de sus testigos; 2o. según la consonancia de sus testimonios; 3o. según las reglas dominantes que hemos establecido de juicio sano, observación exacta e imparcialidad. Pero sin la experiencia diaria de lo que pasa a nuestra vista y cerca de nosotros prueba que la operación de alcanzar un hecho, aun notorio, con evidencia y precisión, es una operación delicada y sujeta a muchas dificultades; resulta para los que estudian la historia, un consejo imperioso de no admitir ligeramente como irrecusable todo lo que no ha sufrido la prueba rigurosa de los testigos suficientes en calidad y en número.

La tercera clase es la de los *oidores de los testigos*, es decir, aquellos que han oído los hechos de la boca de los testigos; están éstos bien cerca todavía; y sin embargo se advierte ya de repente una diferencia extrema en la exactitud de la relación y en la precisión de los cuadros. Los testigos han visto y oído los hechos; sus sentidos han recibido una impresión; pero al pintárselos en el entendimiento, se han impreso aun a pesar suyo modificaciones que alteran las formas; y éstas reciben más alteración cuando de este espejo movable y ondulante pasan a otro por reflexión en que reciben nuevas inflexiones; allí, dejando de ser un suceso fijo y positivo, como lo era en la naturaleza, y no siendo más que una imagen fantástica, toma de boca en boca todas las alteraciones que introducen la omisión, la confusión, la adición de circunstancias; se le comenta, discute, interpreta, desnaturaliza, en fin sufre todas [las] operaciones que alteran su pureza nativa; pero que exigen [que] hagamos una distinción importante entre los medios empleados para transmitirlo: el de la palabra y el de la escritura.

Si el hecho ha sido transmitido por escrito, su estado queda desde este momento fijado, y conserva de una manera inmutable el género de autoridad que deriva del carácter del historiador. Puede haber sido

* Falta la cita: "Suetonio, *Vida de César*, § LIV".

sólo referido; pero después de escrito se conserva así fijamente; y si como acontece que diversos individuos le dan diferentes acepciones, no es menos verdadero que se ven obligados a acordar sobre este tipo, si no original, al menos positivo. Tal es la ventaja que procura toda pieza escrita, que transmite inmediatamente a pesar de los intervalos de los tiempos y de los lugares la existencia de los hechos; hace presente al historiador, lo resucita, y millares de años de distancia lo hacen conversar familiarmente con *Cicerón*, *Homero** y *Confucio*.

No se trata más que de hacer constar que la pieza es apócrifa, y que es realmente su obra. Si la pieza es anónima, pierde un grado de autoridad, y su testimonio, por lo mismo de venir disfrazado, debe estar sometido a las pesquisas de una severa crítica y a todas las suposiciones que hace nacer en todas ocasiones la clandestinidad. Si ha sido traducida, nada pierde de su autenticidad; pero si, en este tránsito por un nuevo vidrio, se retiran los hechos otro grado de su origen, reciben coloridos más o menos fuertes según la habilidad del traductor, pero al menos hay el recurso de verificarlos o corregirlos.

No sucede así en la transmisión de los hechos por palabras: esto es en la tradición. Allí se despliegan todos los caprichos, todas las divagaciones voluntarias o forzadas del entendimiento, y juzgad cuáles deben ser las alteraciones de los hechos transmitidos de boca en boca de generación en generación, cuando en una misma persona vemos, muchas veces, variar la relación de los hechos, según las épocas, según la mutación de afecciones y de intereses. Así que se ha desacreditado mucho la exactitud de la tradición y lo será tanto más cuanto se retire de su fuente primitiva, con mayor intervalo de tiempo y de lugares.

Tenemos pruebas irrecusables de esto a la vista; que se vaya a los pueblos y aldeas a recoger tradiciones de los viejos sobre los sucesos que han pasado entre nosotros, aun de los de la última revolución de Hidalgo a Iturbide, y se verá qué confusión, qué alteraciones se han introducido; qué diferencia no se advierte entre unos y otros testigos y contadores de los sucesos. Tenemos una prueba de esto en la multitud de opositores y contradictores que ha tenido el *Cuadro histórico*, única pieza cronológica de nuestra revolución. Su autor [Carlos María de Bustamante] ha sido testigo de los muchos sucesos que refiere, otros le han sido contados por testigos oculares, y todos son coetáneos. Pero el hecho es que ha sufrido contradicciones y que nadie puede responder de la autenticidad de todos los hechos que refiere. Ahora bien, si en unos sucesos tan recientes hay tanta confusión, alteraciones, en un país ilustrado en el seno de una nación civilizada, y que por otros medios

* Horacio en lugar de Homero (p. 48).

puede encontrar el secreto de corregirlos y de garantizarse de la verdad, ¿qué debería suceder en los pueblos en que las artes estaban o están en su infancia o ya en abandono; en aquellos en que su sistema social estaba o está en desorden, reinaba la ignorancia en el sistema moral, y la indiferencia en todo lo que excede a las primeras necesidades? *

El testimonio de los viajeros exactos nos presenta en el día entre los pueblos salvajes y aun muchos de los que se llaman civilizados la prueba de esta inverosimilitud de relaciones, de este cúmulo absurdo de tradiciones de que hablamos; y estas tradiciones son nulas a muchos respectos, en los mismos países del *Asia* en donde está particularmente colocado su foco y su origen. Sácase la prueba del estado de ignorancia en que viven sus naturales, de los hechos y de las fechas que más les deben interesar; pues los *indios*, los *árabes* y los *tártaros* no saben ni dar razón de su edad, del año de su nacimiento, ni el de sus padres.

Entretanto, por las tradiciones y por relaciones transmitidas de boca en boca, de generación en generación, es como se ha debido comenzar y necesariamente ha comenzado la historia, y esta necesidad está demostrada por los hechos de la naturaleza aún subsistentes, por la propia organización del hombre, por el mecanismo de la formación de las sociedades.

En efecto está ya demostrado que el hombre nace completamente ignorante y sin arte, que todas sus ideas son el fruto de sus sensaciones; todos sus conocimientos son la adquisición de su experiencia personal, y de la experiencia acumulada de las generaciones anteriores; estando probado que la escritura es un arte extremadamente complicado en los principios de su invención; que la palabra misma es otro arte que le ha precedido y que ambas han exigido una inmensa serie de generaciones, se infiere con certidumbre física que el imperio de la tradición se ha extendido sobre la duración de todos los siglos que le

* Para que el lector se percate de la mexicanización histórica del texto traducido por Zavala (sangrado), copiamos a continuación el original de Volney: "Tenemos pruebas irrecusables de esta verdad a nuestra propia vista: trátase de recoger las tradiciones de los antiguos sobre los acontecimientos del siglo de Luis XVI, y aun de los primeros años del siglo 18 (desentendiéndose de los medios de instrucción que tenemos por los escritos) y se verá las alteraciones y confusiones que se han introducido, las diferencias tan notables que se encuentran entre unos testigos y otros, entre unos y otros narradores. ¿Qué mayor prueba que la historia de la batalla de Fontenoy referida de tantos modos diferentes? Y si notamos este estado de olvido, de confusión y de alteración en los tiempos que por otra parte llamamos ilustrados y en el seno de una nación [Francia] adelantada que tiene otros medios para corregir estos defectos, y garantizarse de la verdad, ¿qué sucederá entre los pueblos en que están todavía las artes en su infancia, o degeneración; donde reinaba antes o reina todavía el desorden en el estado social, la ignorancia en el sistema moral, y la indiferencia en todo lo que no abrazan las primeras necesidades? "

han precedido a la invención de la escritura; y puede añadirse de la escritura alfabética. Porque ella sola ha sabido pintar todas las modificaciones de los pensamientos, en vez que las otras escrituras que pintan las figuras, y no en los sonidos, como los jeroglíficos de los *egipcios*, los nudos [o quipos]* de los *peruanos*; los *cuadros*** de los *mexicanos*, sólo han podido transmitir la *substancia* o el *meollo**** de los hechos, dejando las circunstancias y encadenamientos al acaso; mas está demostrado por los hechos y el raciocinio que todas estas artes de escritura y de idioma son el resultado del estado social y que este mismo estado no ha sido más que una consecuencia de las circunstancias y de las necesidades; es evidente que todo este edificio de necesidades, de circunstancias, de artes y de estado social ha precedido al imperio de la historia escrita.

Adviértase ahora que la prueba inversa de estos hechos físicos se halla en la naturaleza misma de las primeras relaciones ofrecidas por la historia. En efecto, si como se dice, está en la constitución misma del entendimiento humano, el no recibir siempre la imagen de los hechos, perfectamente semejante a lo que son en sí, el alterarlos tanto más cuanto menos ejercitado y más ignorante, que de consiguiente comprende menos las causas y los efectos de toda acción, se sigue por una consecuencia directa que mientras más groseros han sido los pueblos, y las generaciones novicias y bárbaras, sus principios en la historia deben ser más imperfectos, contrarios a la verdadera naturaleza y al buen sentido. Échese una mirada sobre todas las historias, y véase si no es verdad que todas comienzan por un estado de cosas tal como lo acabo de describir: que sus relaciones son tanto más quiméricas, tanto más extravagantes, cuanto tienen más antigüedad y se aproximan al principio de las sociedades. Por el contrario, en proporción que se acercan a los tiempos conocidos, a los siglos en que las artes, la civilización y todo el sistema moral han hecho progresos, toman el carácter de la verosimilitud, y pintan un estado de cosas físico y moral análogo a lo que vemos; de manera que la historia de todos los pueblos comparada nos ofrece este resultado general; que sus cuadros son tanto más distantes del orden de la razón y de la naturaleza, cuanto más se aproximan los pueblos al estado salvaje, que es para todos el estado primitivo, y son tanto más análogos sus cuadros, al orden que conocemos, cuanto más se ilustran, se civilizan y se perfeccionan estos mismos pueblos.

* El nombre indígena es añadido de Zavala. Volney desconocía seguramente el término.

** Propiamente, códigos pictográficos.

*** En el texto ya indicado léese “diseño y conjunto” en lugar de *sustancia* y *meollo*, como traduce Zavala, según estimamos, con mayor hondura.

De suerte que cuando han llegado a los siglos, en que se desenvuelven las ciencias y las artes,* se ve una multitud de acontecimientos maravillosos, de prodigios y monstruos de todo género, desaparecer delante de la luz como los fantasmas, duendes o espectros de que las imaginaciones debilitadas y enfermizas pueblan las tinieblas y el silencio de la noche, los que desaparecen al nacer la aurora y los rayos del día.

Sentemos pues esta máxima fecunda en resultados para el estado de la historia: “Que se puede calcular con alguna exactitud el grado de luces y de civilización de un pueblo, por la naturaleza misma de sus relaciones históricas”; o en términos más generales: “Que la Historia toma el carácter de los tiempos y de las épocas en que ha sido escrita.”

Aquí se presenta a nuestro examen la comparación de los dos grandes periodos en que ha sido escrita la historia con las circunstancias de los medios y socorros diferentes; hablo del periodo de los manuscritos y del de los impresos. Sabemos que hasta el fin del siglo quince no existían más que libros y monumentos manuscritos, y que en 1440 aparecieron los primeros ensayos de Juan de Guttenberg, de inmortal memoria, y después la compañía de Fusth y Schoeffer para escribir con caracteres al principio de madera, después de metal, obteniendo por este arte sencillo e ingenioso, momentáneamente, un número infinito de repeticiones y de copias del primer modelo combinado. Este feliz descubrimiento causó en la materia de que tratamos mutaciones cuya importancia es útil señalar.

Cuando los escritos, actas o libros se trazaban todos con la mano, la lentitud de este trabajo penoso, los cuidados que era preciso tener siempre, los gastos que se multiplicaban, hacían muy subido el precio de los libros, y de consiguiente más raros, muy difíciles de crear y fáciles de perderse. Un copiante producía lentamente un *individuo* libro; la imprenta produce con rapidez una *generación*, resultando entonces para las compulsas, y de consiguiente para instruirse en cualquier materia, dificultades insuperables para muchos; porque no pudiendo trabajar sino sobre originales que sólo existían en muy corto número en los depósitos públicos, y en manos de algunos particulares, celosos los unos, avaros otros, el número de hombres que podía ocuparse en escribir la Historia era necesariamente muy limitado; tenían menos contradictores, y podían más fácilmente o descuidar o alterar; siendo

* El texto español de 1827 está más ilustradamente vertido que el de Zavala, pues léase así: “a los siglos en que han hecho progresos las artes, la finura y todo el sistema moral” (p. 54).

el número de lectores muy reducido, tenían menos jueces, y menos censores, y no era opinión pública, sino únicamente un espíritu de facción literaria el que pronunciaba, siendo entonces más bien el carácter de las personas que el fondo de las cosas el que determinaba el juicio.

Después de la invención de la imprenta, los monumentos originales ya concertados pueden por la multiplicación de sus copias ser sometidos al examen y discusión de un gran número de lectores; no es posible, al menos fácil, atenuar ni desviar el sentido, ni alterar el manuscrito por la extremada publicidad de los reclamos, y por este lado la certidumbre histórica ha ganado ciertamente.

Es verdad que entre los antiguos, por lo mismo de exigir la composición de un libro muchos años, y muchos más para repartirse, sin que por esto pudiera decirse que se había divulgado, se podían deponer verdades más atrevidas, porque el tiempo había destruido o retirado los intereses, y así la clandestinidad favorecía la verdad del historiador; pero favorecía también la parcialidad. Si se decían errores, era menos fácil de refutarlos, había menos recursos a los reclamos. Ahora bien: este mismo medio de clandestinidad está a disposición de los modernos, con el de combatir los inconvenientes, quedando de consiguiente la ventaja de su parte.

Entre los antiguos la naturaleza de las circunstancias de que acabo de hablar, así en el estudio como en la composición de la Historia, la concentraba casi necesariamente en un círculo estrecho de hombres ricos, pues los libros eran muy costosos; de hombres públicos, y de magistrados porque era necesario haber manejado los asuntos para conocer los hechos. En efecto, tendremos ocasiones frecuentes de observar que la mayor parte de los historiadores griegos y romanos han sido generales, magistrados, y hombres de una fortuna y un rango distinguido. Entre los orientales, los sacerdotes fueron casi exclusivamente los historiadores; es decir, la clase que se atribuyó el más poderoso de los monopolios: las luces y las instrucciones. De aquí proviene ese carácter de elevación y de dignidad que se observa en todos los historiadores de la antigüedad, y que fue el resultado natural y aun necesario de la educación cultivada que recibieron.

Habiendo entre los modernos multiplicado y facilitado la imprenta los medios de lectura y composición, y habiendo también venido a ser esta composición objeto de comercio y una mercadería, resulta un nuevo estímulo para los escritores, una confianza temeraria que ha envilecido mucho este género de obras y profanado la santidad de su objeto.

Es verdad que la antigüedad ha tenido también sus compiladores y sus charlatanes; pero la fatiga y el disgusto de copiar sus obras han

libertado las edades siguientes y bajo este respecto se puede decir que las dificultades han servido a la ciencia. Pero, por otra parte, esta ventaja de los antiguos está compensada por un grave inconveniente: la suposición de una parcialidad casi necesaria: 1o. Por el espíritu de personalidad cuyas ramificaciones eran tanto más extensas cuanto que el escritor, actor o testigo, había tenido más relaciones de intereses y de pasiones en los negocios públicos; 2o. Por el espíritu de familias y parentesco, que entre los antiguos, y sobre todo en la Grecia y en la Italia, constituía un espíritu de facción general e indeleble. Obsérvese que una obra, compuesta por un individuo en una familia, venía a ser de propiedad común; que ésta profesaba las opiniones de la obra, por lo mismo que el autor se había nutrido con sus mismas preocupaciones. De manera que un manuscrito de la familia de los Fabios, o de los Scipiones, se transmitía de edad en edad, y por herencia; si en otra familia había un manuscrito contradictorio, la más poderosa buscaba ocasión de apoderarse del otro y desaparecerlo. Éste era en pequeño el espíritu en grande de las naciones; y éste el espíritu de egoísmo orgulloso o intolerante por el cual los romanos y los griegos, enemigos del universo, han destruido los libros de los otros pueblos; y por el cual, privándonos de los *abogados** de sus adversarios en la *causa célebre* de sus rapiñas, nos han hecho casi cómplices de su tiranía por la admiración brillante, y por la secreta emulación con que vemos sus triunfos criminales.

Entre los modernos, por el contrario, en vano se rodearía una obra histórica de los medios de la clandestinidad, del crédito y de la riqueza; del poder de la autoridad, del espíritu de facción o de familia; un solo día, una sola reclamación bastan a trastornar un edificio de mentiras combinado por algunos años; y es tal el servicio que la libertad de la imprenta ha hecho a la verdad, que el más débil de los hombres, si tiene el talento y las virtudes de un historiador, puede censurar los errores de las naciones bajo sus mismos ojos, hollar sus preocupaciones a pesar de su cólera; si por otra parte no fuese cierto que estos errores, estas preocupaciones, esta cólera se han atribuido a las naciones, no fuesen las más veces faltas de sus gobiernos.

En el hábito que tenemos de vivir bajo la influencia de la imprenta, no conocemos, o no sentimos lo bastante, todo lo que la publicidad que se deriva de ella procura de ventajas políticas y morales. Es necesario haber vivido en un país en donde no se conoce el arte admirable y benéfico de la imprenta para concebir todos los efectos de su priva-

* “Alegato[s]”, según el texto de 1827 (p. 61).

ción; para imaginarse todo lo que la escasez de libros y de papeles nuevos produce de confusión en las relaciones, de absurdos en los *oír decir*, de incertidumbre en las opiniones, de obstáculos en la instrucción, de ignorancia en todos los espíritus. La historia es deudora de mucho al primero a quien ocurrió en Venecia dar diarios con noticias mediante la corta contribución de una moneda llamada *Gaceta*, cuyo nombre han conservado. En efecto, las gacetas son monumentos preciosos e instructivos aun en sus mismos desvíos, pues que pintan el espíritu dominante del tiempo que las ha visto nacer, y sus contribuciones presentan bases fijas a la discusión de los hechos.

Así que, cuando nos dicen que los americanos del norte, al mismo tiempo que abren un nuevo camino, llevan consigo una imprenta para tener papeles públicos, me parece que en esta doble operación tocan el objeto, y hacen el análisis de todo el sistema social; pues la *sociedad* no es otra cosa que la *comunicación fácil y libre* de las *personas*,* de las *cosas*, reduciéndose todo el arte de gobernarla a impedir todos los *choques violentos* capaces de destruirla. Cuando, por el contrario, de este pueblo ya civilizado en su cuna, las naciones asiáticas llegan ya a su decrepitud sin haber dejado de ser ignorantes y bárbaras, sin duda es porque no han tenido imprentas, caminos ni canales. Tan grande es el poder de la imprenta, y tal su influencia sobre la civilización, es decir, sobre el desenvolvimiento de todas las facultades del hombre en el sentido más útil a la sociedad, que la época de su invención divide en dos sistemas distintos y diferentes, el estado político y moral de los pueblos anteriores y de los posteriores a ella; y de tal modo caracteriza su existencia las luces, que para saber si un pueblo es bárbaro o civilizado, basta preguntar si tiene imprenta; si tiene libertad³ de imprenta.**

Si, como es cierto, el estado de los antiguos bajo este aspecto fue infinitamente semejante al estado actual del Asia; si aun entre los pueblos mirados como libres, los gobiernos estaban presididos por un espíritu misterioso de cuerpo y de facción y por los intereses de los privilegiados que aislaban a los unos de los otros; si tenían a su arbitrio los medios de impedir o de paralizar los escritos que les hubieran censurado, resulta naturalmente una suposición de parcialidad sea voluntaria o forzada sobre los escritores. ¿Cómo se hubiera atrevido Tito Livio, por ejemplo, a pintar con toda su odiosidad la política perversa de ese senado romano, que para distraer al pueblo de sus demandas tan largo

* Zavala suprimió, quién sabe por qué, “de los pensamientos” (p. 63).

³ *Libertad, no licencia.*

** Propiamente la nota de Volney reza así: “De la libertad y de la licencia” (p. 64), refiriéndose al goce de “la libertad de la prensa”. Obsérvese cómo Zavala ha politizado más aun el texto en función de las circunstancias políticas mexicanas.

tiempo justas y mensuradas, fomentó el incendio de las guerras; que por quinientos años decoraron las generaciones; y que después de haber amontonado los despojos del mundo en Roma, como en una cueva de ladrones, ya no pensaron sino en presentar al universo el espectáculo de salteadores embriagados de placer, y siempre insaciables, que se mataban unos a otros para apoderarse del botín? Dionisio de Halicarnaso, Polibio y Tácito mismo no participan de esos movimientos de indignación que debía arrancarles el cuadro de tantos horrores y maldades como nos han transmitido. ¡Desgraciado el historiador que los siente, o desgraciado su siglo si no sufre que se le pinten!

De todas estas consideraciones infiero que en el estudio de la Historia es difícil y delicado abrazar el punto preciso de la verdad; presentarlo exactamente, y que la certidumbre que podemos prometernos tiene necesidad, para ser racional, de un cálculo de probabilidades que con justo título se le puede clasificar en el rango de las ciencias más ignorantes. Si he insistido sobre este primer artículo es porque me he penetrado de su importancia, no abstracta o especulativa, sino usual y aplicable a todo el curso de la vida; ésta es para cada hombre su historia personal; o el día de ayer es la relación del de hoy y la resolución del mañana. Si, como es verdad, la felicidad depende de estas resoluciones, y éstas dependen de la exactitud de las relaciones, es asunto importante aquel que tiene por objeto la disposición del espíritu, propia para juzgar bien. Se presentan tres alternativas en esta operación: *creerlo todo, no creer nada o creer con peso y discernimiento*. Entre partidos cada uno elige según su gusto, mejor diré, según sus hábitos y su temperamento; porque este último gobierna a la multitud más de lo que se cree. Algunos, aunque muy pocos, llegan a fuerza de abstracción a dudar aun de la relación de los sentidos; y tal fue Pirrón cuya celebridad en este género de error ha servido para conocerlo bajo el nombre de pirronismo. Pero si Pirrón que dudaba de su existencia hasta el grado de ver naufragar la nave en que viajaba con indiferencia, y la vida y la muerte como tan iguales y equívocas, que no se mataba, por no *saber cuál era mejor*; si Pirrón, digo, ha recibido de los griegos el nombre de *filósofo*; de los filósofos recibía el de *insensato*, y de los médicos el de *enfermo*. La medicina enseña en efecto que esta apatía y ese desorden de espíritu son el producto físico de un género nervioso obtuso, o muy usado, o por el exceso de una vida muy contemplativa, desnuda de sensaciones o por el exceso de todas las pasiones que no dejan más que la ceniza de una sensibilidad consumida.

Si dudar de todo es una enfermedad crónica, rara y solamente ridícula, de los temperamentos y espíritus débiles; no dudar de nada es una enfermedad mucho más peligrosa, del género de aquellas fiebres

ardientes, propias de los temperamentos enérgicos que, adquiriendo por ejemplo una enfermedad contagiosa, acaba por excitar las convulsiones del entusiasmo y el frenesí del fanatismo. Tales son los progresos de esta enfermedad moral y su naturaleza, en una opinión admitida por pereza, por negligencia de examinarla, se sostiene como *cierta*, por hábito; se la defiende por amor propio o por obstinación; y pasando de la defensa al ataque, bien presto se quiere que todo el mundo la crea por esa estimación de sí mismo que se llama *orgullo*; y por el deseo de dominación que en el ejercicio del poder se propone el libre uso de las pasiones. Debo hacer sobre el fanatismo y el pirronismo esta observación: que siendo diametralmente opuestos, tienen no obstante un origen común: la *ignorancia*, con esta diferencia que el *pirronismo es la ignorancia débil y el fanatismo la ignorancia robusta* que todo lo juzga, y lo ha juzgado todo.

Entre estos extremos hay un medio término; y es el de asentar su juicio cuando se han pesado las razones y examinado los motivos suficientes a sentarlo; y a medir el grado de creencia y de la certidumbre sobre los grados de pruebas y de evidencia de que cada hecho está acompañado. Si esto es lo que se llama *escepticismo*, según el valor de la palabra que significa *examinar, tentar alrededor de un objeto con desconfianza*; y, si me pregunta si mi designio es conducir al escepticismo, yo diré desde luego que al presentar mis reflexiones no predico una doctrina; pero que si hubiese de establecer alguna, sería la de la duda así como la pinto; y sería servir en este punto, a la causa reunida de la libertad y de la filosofía; pues el carácter especial de esta última es de dejar a cada uno juzgar según la medida de sus sensaciones y de su convicción; predicaré la *duda examinadora*; porque la historia toda me enseña que la *certidumbre es la doctrina del error o de la mentira* y la constante arma de la tiranía.

El más célebre de los impostores y más audaz de los tiranos ha comenzado su libro por estas palabras: *No hay nada dudoso en este libro; conduce con rectitud al que marcha ciegamente: al que recibe sin discusión mis palabras que salvan al ignorante y confunden al sabio*.⁴ Por este solo principio se despoja al hombre del libre uso de su voluntad, de sus sentidos, y queda reducido a la esclavitud; pero en recompensa, al hacerse esclavo, el verdadero creyente consigue ser ministro del profeta, y recibiendo el sable y el *Korán* de manos de Mahomet, alcanza [a] ser profeta y a su vez dice: nada es dudoso en este libro y es necesario *creer o pensar como yo, o morir*. Doctrina cómoda, es preciso confesarlo; pues que dispensa al que predica de los trabajos del estudio, y

⁴ *Korán*, caps. 1o., 5o., etcétera.

tiene la ventaja de que, mientras el doctor calcula y examina, el creyente fanático ejecuta y obra; el primero, percibiendo a la vez muchos caminos, se ve obligado a detenerse para examinar a dónde conducen; el segundo no viendo más que el que tiene por delante, nada duda: lo sigue, como aquellos animales obstinados, cuya vista se circunscribe por cueros compuestos para que sólo puedan ver lo que van caminando, sin que acierten a percibir a los lados ni el látigo que los hace andar. Pero desgraciado el conductor cuando llegan a obstinarse; porque medio ciegos en su furor andan siempre hasta caer en el precipicio.

Tal es la suerte que prepara la *certidumbre presuntuosa o la ignorancia crédula*. Por el contrario, la ventaja que resulta de la vida circunspecta y observadora es tal que reservando siempre en el alma un lugar para nuevas pruebas, la tiene dispuesta a corregir su primer juicio, y corregir su error. De manera que si, sea en esta materia sea en otra cualquiera, viniese aquí a enumerar algún error, la doctrina que profeso me daría lugar a decir con un filósofo antiguo: *Soy hombre y nada perteneciente al hombre es ajeno a mí.**

Dedicaré el siguiente capítulo a presentar las mejores observaciones hechas sobre lo que acabo de exponer. Casi todos los autores que han tratado de la *certidumbre histórica* lo han hecho con la parcialidad que inspiran las preocupaciones de que he hablado; y han exagerado esta certidumbre y su importancia; porque sobre ella están fundados casi todos los sistemas religiosos. Sería de desear que estas cuestiones se trataran de nuevo y metódicamente, lo que sería un verdadero servicio no sólo a las letras, sino también a las ciencias morales y políticas.

****** Hasta ahora sólo nos hemos ocupado de la certidumbre histórica, y nuestras observaciones sobre este objeto pueden reducirse a las tres siguientes proposiciones:

- 1a. Que los hechos históricos, es decir los hechos referidos, no llegan a nosotros sino por el intermedio de los sentidos de otro, no pueden tener aquel grado de evidencia ni preocuparnos aquella convicción que nace de nuestros sentidos.
- 2a. Que si, como es cierto, nuestros propios sentidos pueden inducirnos a error, y su testimonio tiene algunas veces necesidad de examen, sería inconsecuente y atentatorio a nuestra propiedad de opiniones, atribuir a las sensaciones de otro una autoridad más fuerte que a las nuestras.

* *Homo sum, humani nihil a me alienum puto* (Hombre soy, y nada de lo humano me parece extraño), Terencio.

****** Comienza la "Sesión cuarta".

- 3a. Que de consiguiente, los hechos históricos no pueden jamás llegar a los dos primeros grados de nuestra certidumbre, y son la sensación física y la memoria de esta sensación; que sólo pueden tener lugar en el tercer grado, que es el de la analogía, o comparación de las sensaciones de otro con las nuestras; y que allí su certidumbre se distribuye en diversas clases, que se disminuyen según la mayor o menor verosimilitud de los hechos, según el número y las facultades morales de los testigos y según la distancia que establece entre el hecho y su historiador y el pasaje de una a otra mano. Habiendo los matemáticos llegado a someter todas estas condiciones a reglas precisas, y formar un ramo particular de conocimientos bajo el nombre de *cálculo de probabilidades*, a ellos dejemos el cuidado de completar estas ideas sobre la cuestión de la certidumbre histórica.

Venimos ahora a la cuestión de la utilidad y tratándola como se ha propuesto en el programa, consideremos qué utilidad social y práctica se debe buscar ya en el estado, ya en la enseñanza de la Historia. Conozco que esta manera de presentar la cuestión no es a la verdad la más metódica, pues que supone el hecho principal ya establecido y probado; pero es la más económica de tiempo, y de consiguiente la más útil para abreviar mucho la discusión porque, si acierto a especificar el género de utilidad que puede sacarse de la Historia, habré probado que existe esta utilidad; en vez de que se promoviese la cuestión de la existencia de su utilidad, sería preciso hacer distinción de la Historia, tal como ha sido tratada, o como puede serlo, y acaso me hallaría muy embarazado para probar la utilidad que resulta de algunas, aun las más acreditadas, y de mayor influencia que se me pudiesen citar. Esto daría lugar a sostener una tesis bastante trascendental y picante, a saber: *Si la Historia no ha sido más perjudicial que útil, si no ha causado más males que bienes, tanto a las naciones como a los particulares*, por las ideas falsas, por las nociones erróneas, por las preocupaciones de todo género que ha transmitido, y como consagrado. Esta tesis hubiera tenido sobre la nuestra la ventaja de apoderarse de nuestros propios hechos, probar que la *utilidad* no ha sido siquiera el fin ni el objeto primitivo de la Historia; que el primer móvil de las tradiciones groseras de que ha nacido fue por una parte en los contadores, esa necesidad mecánica, que experimentan todos los hombres, de repetir sus sensaciones así como un instrumento retiene los sonidos; y de representarse la imagen cuando la realidad está ausente, o ha pasado; necesidad que por esta razón es la pasión peculiar de la vejez que ya no tiene goces y constituye el único género de conversación de las gentes que no piensan. Que por otra parte en los oyentes este móvil fue la

curiosidad, segunda necesidad tan natural que experimentamos de multiplicar nuestras sensaciones, de suplir por imágenes a las realidades, necesidad que hace de toda narración un espectáculo, una *linterna mágica* por decirlo así, por la que los hombres, aun los más racionales, no tienen menos gusto que los niños. Esta tesis nos recordaría que los primeros cuadros de la Historia, compuestos sin arte y sin gusto, han sido reunidos sin discernimiento ni objeto; que desde luego no fue más que una compilación confusa de acaecimientos incoherentes, y sobre todo maravillosos, y que por lo mismo llamaban más la atención; que no fue sino después de haber sido fijados por la escritura y llegado a ser numerosos, que los hechos más exactos y más naturales, hicieron lugar a las reflexiones, y a comparaciones, cuyos resultados fueron aplicables después a situaciones semejantes; finalmente que no ha sido sino en los tiempos modernos, y casi después de un siglo a esta parte, que la Historia ha tomado cierto carácter de filosofía que en la serie de los acontecimientos busca un orden genealógico de causas y efectos, para deducir una teoría de reglas y de principios propios a dirigir los particulares y los pueblos hacia el fin de su conservación y perfección.

Mas al abrir el curso de semejantes cuestiones hubiera tenido que dar ocasión a considerar la Historia sólo bajo los respectos de sus inconvenientes y de sus faltas; y pues una crítica muy profunda puede algunas veces ser tomada por sátira; y la instrucción tiene un carácter tan santo, que no debe permitirse ni aun los juegos de la paradoja, he querido extraviar hasta las apariencias, y debido limitarme a la consideración de una utilidad ya existente, o al menos de una utilidad que es posible encontrar.

Opino, pues, que estudiando la Historia con intención y deseos de sacar utilidad práctica, pueden sacarse tres especies:

Una aplicable a los individuos, y la llamo *utilidad moral*.

Otra aplicable a las ciencias y artes, y puede llamarse *utilidad científica*.

La tercera aplicable a los pueblos y a sus gobiernos, y se llamará *utilidad política*.

En efecto, si se analizan los hechos de que la Historia se compone, se les ve dividirse como por sí mismos en tres clases: la una de hechos individuales, o acciones de los particulares; la otra de los hechos públicos o del orden social y del gobierno; la tercera de hechos de artes y de ciencia o de operaciones del espíritu. Relativamente a la primera clase cada uno habrá podido observar que cuando se dedica a la lectura de la Historia, y busca sea la diversión que nace de la variedad movable de los cuadros, sean los conocimientos que proceden de la

experiencia de los tiempos anteriores, sucede constantemente que se hace aplicación de las acciones individuales que se refieren; que nos identificamos de alguna manera con los personajes, y que ejercemos nuestro juicio o nuestra sensibilidad sobre todo lo que le pasa, para deducir consecuencias que influyen sobre nuestra propia conducta. Así, al leer los hechos de la Grecia y la Italia, no habrá lector que no manifieste un interés particular por ciertos personajes que figuran; que no siga con atención la vida privada y pública de Aristides o Temístocles, de Sócrates o de Alcibiades, de Scipión o de Catilina, de Cicerón o de César, y que de la comparación de su conducta y de sus destinos no saque consecuencias, reflexiones. Este género de influencia, y por decirlo así, preceptorado de Historia, tiene más lugar en la parte llamada *Biografía* o descripción de la vida de los hombres, ya públicos, ya particulares, de que Plutarco y Cornelio Nepote nos ofrecen ejemplos en sus *Varones ilustres*. Sin embargo, es preciso convenir en que en esta parte la Historia está sujeta a muchas dificultades, y se la puede acusar de aproximarse mucho a los romances, o novelas; porque desde luego se conoce que nada es más difícil como hacer constar con certidumbre y describir con exactitud las acciones y el carácter de un individuo cualquiera que sea. Para conseguirlo sería necesario haberle seguido habitualmente, estudiado, conocido, en una palabra haber tenido con él una estrecha amistad y trato; y sabemos cuán arriesgado es en toda conexión la intervención de la pasión, de la amistad o del odio, que alteran la imparcialidad necesariamente. Las obras, pues, de esta especie no son por lo regular más que panegíricos o sátiras; y si esta aserción tuviese necesidad de pruebas, las presentaríamos en muchas memorias de nuestros días, de que podemos hablar como testigos bien informados. En general, las historias individuales no pueden tener exactitud y verdad, sino en el caso de que un hombre escribiese él mismo su vida con conciencia y fidelidad. Mas ya se ve cuán difíciles son de reunir las circunstancias necesarias al efecto. Si es un hombre inmoral y perverso, ¿cómo emprender publicar su vergüenza, qué motivo habrá para creerlo capaz de la probidad que exige este acto? Si es un hombre virtuoso, ¿cómo ha de querer exponerse a las inculpaciones de orgullo y de falsedad que no dejarían de dirigirle el vicio y la envidia? Si se tiene las debilidades comunes, ¿éstas mismas no son la causa del deseo de ocultarlas? Cuando se buscan todos los motivos que los hombres pueden tener para publicar su vida, se ve que están reducidos a la defensa del amor propio ofendido contra los ataques de la calumnia y el odio que atentan la existencia física o moral, y este caso es el más legítimo y racional, o al amor propio ambicioso de

gloria y de consideración que pretende manifestar los títulos a que se cree acreedor. Tal es el poder de este sentimiento de vanidad, que replegándose bajo todas las formas se oculta aun bajo esos actos de humildad religiosa y cenóbica, en que la confesión de los errores pasados en un elogio indirecto y tácito de la virtud presente, en que el esfuerzo que supone esta confesión viene a ser un medio necesario o interesado de obtener el perdón, gracia o recompensa...

Estaba reservado a J. J. Rousseau mostrar un hombre en que el amor propio se inmolase únicamente por el orgullo *de ejecutar una empresa que no hubiese tenido un modelo, y mostrar a sus semejantes un hombre que no se pareciese a ninguno, que siendo el único en su género se dijera por esto el hombre de la naturaleza*,⁵ como si la suerte hubiera querido que una vida pasada en la paradoja, se terminase por la idea contradictoria de llegar a la admiración y casi al culto⁶ por el cuadro de una serie continua de ilusiones del espíritu y extravíos del corazón.

Esto nos conduce a una segunda consideración sobre nuestra materia y es que, admitiendo la veracidad en tales relaciones, sería por lo que la historia fuese menor al romance en utilidad; y este caso ocurriría, si aventuras verdaderas ofrecieran el espectáculo inmoral de la virtud desgraciada, y el crimen en triunfo; pues que en las aventuras supuestas todo el arte consiste en presentar el vicio como más distante de la felicidad que la virtud. Si existiese, pues, un libro o un hombre mirado como virtuoso y casi erigido en patrón o cabeza de secta. Y este mismo fuese muy desgraciado; si este hombre, *confesando* su vida, citase un gran número de rasgos de envilecimiento, de infidelidad y de ingratitud como suyos; si de sí mismo nos diese la idea de un carácter

⁵ Véase el principio de las *Confesiones* de J. J. Rousseau: no hay acaso ningún libro en el que hubiese reunido tanto orgullo, en tan pocas líneas, como en sus diez primeras.

⁶ Hay esta diferencia característica entre Rousseau y Voltaire considerados como jefes de opiniones, que si se ataca al segundo delante de sus partidarios, lo defienden sin calor, por razonamiento y con jocosidades, y sólo mirarán al agresor como hombre de mal gusto. Pero si atacáis a Rousseau delante de los suyos, les causáis una especie de horror religioso y os considerarán como un malvado. Habiendo yo mismo en mi juventud experimentado estas sensaciones, cuando he buscado la causa me ha parecido que Voltaire, hablando al espíritu más que al corazón, al pensamiento, más que al sentimiento, no enciende en el alma ninguna pasión; y se ocupa más bien en combatir las opiniones de los otros, que en establecer las suyas, produce el hábito de dudar, más que el de afirmar, lo que conduce a la tolerancia. Rousseau, por el contrario, se dirige al corazón más bien que al espíritu, a las afecciones mejor que al raciocinio. Exalta el amor de la virtud y de la verdad (sin definir las) por el amor de las mujeres, tan capaz de causar ilusión; y como tiene una persuasión fuerte de su rectitud, sospecha en los demás la opinión, y luego la intención: situación del espíritu de donde resulta inmediatamente la aversión cuando es débil; y la intolerancia perseguidora cuando es fuerte. Es de notar que entre los hombres que en la revolución de Francia han desplegado más este último carácter, el mayor número haya sido de los que se decían discípulos o admiradores de J. J. Rousseau.

melancólico, orgulloso y celoso; si no contento con revelar sus faltas, da cuenta con las de *otro que no le pertenecen*; si este hombre por otra parte dotado de talento como orador y como escritor ha adquirido cierta autoridad como filósofo; si sólo ha usado de ambos títulos para panegirizar la ignorancia, envilecer el estado social y conducir a los hombres a la vida salvaje; si una doctrina *renovada de Omar*⁷ hubiese variado de nombre para predicar la inutilidad de las ciencias y de las artes, para proscribir el talento, las riquezas, y de consiguiente todo trabajo que las crea, sería muy difícil en esta tan verídica historia encontrar ni un rasgo de utilidad; se convendría, puede ser, en que es aprender a muy alto precio, el que un individuo organizado de una cierta manera, llevando la sensibilidad al exceso, le haga degenerar en locura;⁸ y se sentiría mucho que el autor del *Emilio*, después de haber hablado tanto de la naturaleza, no haya imitado su sabiduría que, manifestando por de fuera todas las formas que lisonjean los sentidos, ha ocultado en nuestras entrañas y cubierto con velos densos todo lo que de cualquier modo puede ofender nuestra delicadeza. La consecuencia que deduzco de este artículo es que la utilidad moral que puede sacarse de la Historia no es una utilidad que se ofrece espontáneamente por sí misma, sino el producto de un arte sujeto a principios y a reglas de que trataré alguna otra vez.

El segundo género de utilidad, el que es relativo a las ciencias y a las artes, tiene una esfera mucho más variada, mucho más extensa y sujeta a muchos menos inconvenientes que los que presenta el anterior artículo. Estudiada la Historia bajo este punto de vista, es una misma fecunda en que cada uno puede buscar y tomar a su grado materiales convenientes a la ciencia, o al arte que le gusta, cultiva o quiere cultivar. Las inquisiciones de este género tienen la preciosa ventaja de arrojar siempre una verdadera luz sobre la materia que se trata, ya por la confrontación de los diferentes métodos empleados en épocas diversas entre pueblos diversos; ya también por la vista de los errores cometidos y por la contradicción misma de las experiencias que siempre es posible repetir; ya, en fin, por el conocimiento solo de la materia que ha seguido el espíritu humano, así en la invención como en los progresos de las artes y de las ciencias, marcha que indica por analogía la ruta que es necesario seguir para perfeccionarlas.

⁷ Fraternidad o muerte: es decir, piensa como yo o te mato, que es exactamente la profesión de fe de un mahometano. ¡Cuántos discípulos tienen el filósofo de Ginebra y el califa Omar entre nosotros! ¡Oh moderación! ¡Oh tolerancia! Vosotros salváis los estados. El texto entre corchetes, puesto por nosotros, muestra el añadido de Zavala y muestra sobre todo su pensamiento moral y político (editor).

⁸ Se sabe que Rousseau murió en este estado, hecho evidente por sus últimos escritos.

A estas investigaciones debemos los descubrimientos numerosos tanto modernos como solamente renovados; pero que merece siempre a sus autores la gratitud de la humanidad; a ellas debe la medicina sus métodos y sus remedios; la cirugía sus instrumentos; la mecánica sus útiles y sus máquinas; la arquitectura sus decoraciones, solidez y belleza. (Sería de desear que este último arte se ocupase de un género de construcción que ha venido a ser de una necesidad urgente; hablo de las salas y edificios para las asambleas deliberantes, tribunales y profesores. Novicios aún en este género, no hemos obtenido sino los ensayos más imperfectos y las más viciosas tentativas.* Las que hasta ahora conocemos pecan contra todas las reglas del arte. O el local no tiene proporción ninguna con el número de deliberantes que debe contener; o éstos están diseminados sobre una vasta superficie, cuando todo invita, todo impone la ley de reducirse al más pequeño espacio; o las leyes de la acústica son despreciadas dando a las piezas la forma cuadrada, o cuadrilonga, cuando la circular se presenta como la más sencilla, y la única propia al efecto a que se destina, esto es, la comodidad de ser oídos, o por el doble vicio de la forma y la extensión se necesita una voz de trueno para ser oído, y por consiguiente toda voz débil queda excluida de hecho y privada de su derecho, de consejo e influencia; lo peor de todo es que muchas veces la debilidad de la voz y flaqueza del pecho son efecto del estudio y de la aplicación y de consiguiente las señales presuntas de la instrucción, mientras que una voz muy sonora y fuertes pulmones son ordinariamente indicio de un temperamento robusto que no se acomoda mucho con la vida sedentaria del gabinete y que convida, o más bien arrastra a pesar suyo a ejercer sus pasiones más bien que la razón. Hablo de esas salas en donde, por la necesidad de hablar alto para ser entendido, se provoca el ruido que impide escuchar; de manera que, por una serie de consecuencias estrechamente ligadas, la construcción del salón favoreciendo o exigiendo el ruido impide la regularidad y la calma de la discusión, resultando que las leyes que dependen de estas leyes, realmente dependen de la disposición física del salón. Luego es de una verdadera importancia ocuparse activamente y mejorar este ramo. Sobre esto ganaremos mucho consultando la historia y los monumentos de la Grecia e Italia. Averiguaremos de sus antiguos pueblos que tenían una experiencia larga y multiplicada de grandes asambleas, sobre qué principios estaban contruidos esos cir-

* En nota de la página 89, Volney excluye entre las “viciosas tentativas” el anfiteatro del Jardín de Plantas, en París, donde daba sus lecciones. Zavala no traduce la nota aclaratoria y su “viciosa tentativa” apunta en el caso del México independiente al local donde se celebraban las sesiones del Congreso, en el interior del Palacio Nacional.

cos y esos anfiteatros en los que cincuenta mil almas oían cómodamente la voz de un actor, como lo probó el emperador José II hace algunos años en el anfiteatro de Verón* que mandó restaurar. Conocemos el uso de aquellas conchas que colocaban en ciertos puntos de sus muros: el de los vasos de bronce que hacían repetir los sonidos en el circo inmenso de Caracalla; esos ángulos con fondo de metal o la drillo de que la moderna Roma ha hecho un uso tan feliz en su ópera, que en una sala mayor que cualquiera de Europa una orquesta de once instrumentos hace más efecto que los sesenta instrumentos de la grande Ópera de París; imitaremos esos vomitorios que facilitan la entrada y salida de las personas, y la entera evacuación de las piezas sin ruido ni confusión; podremos, en fin, buscar todo lo que el arte de los escritores ha imaginado para hacer en este género aplicaciones inmediatas, o modificaciones felices.)⁹

* Verona, ciudad del norte de Italia. No nos explicamos esta ignorancia en el caso de Zavala, dado que ya tenía 36 años cuando traducía las *Lecciones de Historia*.

⁹ Esta materia es tan importante que no llevarán a mal los lectores que insertemos aquí los resultados de las mejores observaciones de Mr. Volney [En el texto de Volney se lee, por supuesto, "mis observaciones". Zavala, escamoteando la expresión, quiere hacer pasar claramente por suya la obra que va traduciendo.] en las diferentes salas en que estuvo: "El objeto principal, y aun único de una sala deliberante, es el que los que discuten se hablen con facilidad, y se entiendan con claridad. Decoración, construcción, reglas del arte, todo debe subordinarse a este punto final. Para obtenerlo se necesita:

1o. Que los miembros deliberantes se aproximen los unos a los otros en el más pequeño espacio posible, conciliable con la salubridad y la comodidad. Sin esta condición, los que tienen la voz débil son despojados de hecho de su derecho de influir en las votaciones, y se establece una aristocracia de pulmones, que no es de las menos peligrosas;

2o. Que los diputados se sienten en el orden más oportuno para hacer perceptibles todos sus movimientos; porque sin respeto público no hay dignidad individual. Estas dos primeras condiciones establecen la forma circular y anfiteatral.

3o. Que los rangos de los deliberantes formen una masa continua, sin divisiones materiales que haga cuarteles distintos; porque estas divisiones materiales fomentan las morales de partido y facción.

4o. Que la entrada al cuerpo del salón esté prohibida a todos, menos a los secretarios y porteros Nada perjudica más a la deliberación que el tráfico de los diputados en el salón.

5o. Que las entradas y salidas sean numerosas, para que puedan llenarse y evacuarse rápidamente, y sin confusión.

6o. Que el auditorio esté colocado de modo que en nada modifique a los representantes. Como esta última condición puede parecer un problema, veo aquí el plan que yo he calculado sobre estos diversos datos, y cuya rectificación pertenece a los arquitectos.

Trazo una sala en forma de herradura, formando un poco más que un semicírculo; le doy la extensión suficiente a colocar quinientos deliberantes, o más, porque las asambleas más numerosas son embarazosas, y acaso bastan trescientos. Pongo cinco o seis gradas en anfiteatro, cuyo rayo es de treinta y seis a cuarenta pies; en cada uno de estos rangos, pongo muchas salidas y entradas que se llaman vomitorios. Al derredor del salón hay una balastrada que contiene el último tramo. Al uno de los extremos del semicírculo y fuera de los rangos está colocada la silla del presidente; detrás de él, y fuera del círculo, hay una pieza para su uso, por donde entra y sale; delante los secretarios; al otro extremo enfrente está la tribuna de lectura, destinada únicamente a leer las leyes y dictámenes. Cada diputado debe hablar sin separarse de su lugar. Sobre los rangos, apegadas al muro o pared, están las

El tercer género de utilidad que puede sacarse de la historia, que yo llamo utilidad política o social, consiste en reunir y meditar todos los hechos relativos a la organización de las sociedades, al mecanismo de los gobiernos para deducir resultados generales o particulares, propios a servir de términos de comparación y de reglas de conducta en casos análogos o semejantes. Bajo este aspecto, la historia tomada en su universalidad es un inmenso depósito de experiencias morales y sociales que el género humano hace involuntaria, y muy dispendiosamente sobre sí mismo, en las que cada pueblo, ofreciendo combinaciones variadas de acontecimientos, de pasiones, de cosas y de efectos, desenvuelve a los ojos del observador atento todos los resortes y todo el mecanismo de la naturaleza humana; de manera que si se tuviese un cuadro exacto del juego recíproco de todas las partes de cada máquina social, es decir, de los hábitos, costumbres, opiniones, leyes, régimen interior y exterior de cada nación, sería posible establecer una teoría general del arte de componer estas máquinas morales, y de poner principios fijos y determinados de legislación, de economía política y de gobierno. No es necesario manifestar la utilidad de un trabajo de esta naturaleza. Por desgracia está sujeto a muchas dificultades; primero porque la mayor parte de las historias, particularmente las antiguas, sólo ofrecen materiales incompletos y defectuosos; lo segundo porque el uso que puede hacerse y los razonamientos de que son el objeto no pueden ser exactos si no lo son los hechos representados; y

tribunas de los taquígrafos, y de los diaristas, que en un gobierno republicano me parecen magistrados de mucha influencia, elegidos por el pueblo como parte de su gobierno. En fin, se pondrán algunas tribunas de distinción para los agentes diplomáticos, y otros magistrados. La bóveda [Zavala debiera haber puesto aquí la palabra techo para evitar la contradicción] del salón no debe ser redonda sino plana, y calculada para los efectos a que se destina; un número proporcionado de ventanas para refrescar el aire y proporcionar luz. Ninguna ventana lateral ni columna alguna interrumpe la unidad del recinto. Si hay mucho eco, se colocan tapicerías y tienden paños (sigue hablando sobre estufas).

Por lo que respecta al auditorio quisiera que se le proporcionase comodidad; pero con la condición de poderle hacer más o menos numeroso, según se quisiera. Para este efecto, adapto a la entrada del semicírculo referido, otro semicírculo más pequeño, o más grande o igual, que representa una sala de espectáculo sin galerías. Los representantes se encuentran respecto de éste como en un teatro elevado que domina lo bastante el patio. Estas dos salas se separan por un paso y una balaustrada, casi como de orquesta, para en caso necesario oponerse a todo movimiento. Entrase por este lugar para presentarse en la barra situada entre el presidente y la tribuna de la lectura. En fin, una cerradura movable [biombo lateral movable (p. 95)] viene en caso de sesión secreta, a separar de un golpe los espectadores sin moverse de sus plazas los representantes. Un edificio de esta naturaleza no costaría todo ni veinte mil pesos [cien mil francos, según la traducción de 1827, lo que quiere decir que por entonces el valor de un peso fuerte era de 5 francos] porque excluye todo lujo." (Estas observaciones de Mr. Volney pueden en parte ser útiles para la construcción de los edificios en nuestra legislatura. Por esta razón hemos creído muy conveniente su publicación para el uso que se tenga por conveniente.)

hemos visto ya cuán difícil y espinoso es obtener la exactitud y la precisión sobre todo en los hechos privados y preliminares. También es de observar que en la historia no son tanto los hechos ruidosos y notables los más instructivos, cuanto los accesorios, y las circunstancias que les han precedido o causado; porque sólo con el conocimiento de estas circunstancias preparatorias, es como se pueden llegar a evitar u obtener resultados semejantes; así como en una batalla no es el éxito el que instruye, sino los diversos movimientos que han decidido la suerte de la acción, y que aunque menos ruidosos son sin embargo las causas, mientras que el acontecimiento sólo ha sido el efecto.* Así también los detalles de las negociaciones de que dependen los grandes sucesos de la paz y de la guerra son de todos los hechos históricos los más instructivos; pues que en ellos se ve desnudo el juego de las intrigas y de las pasiones no obstante siempre serán éstos los que se conocerán menos, porque no habría ningún agente de ellos que osase dar cuenta exacta por su propio honor o su interés.

Tal es la importancia de estas nociones de detalle, que sin ellas el término de comparación es inexacto y no tiene analogía con el objeto a que se quiere hacer la aplicación. Esta falta tan grave en sus consecuencias es habitual y casi general en la Historia. Se admiten hechos sin discusión, se les combina sin relaciones ciertas, se crean hipótesis sin fundamento, se hacen aplicaciones inexactas; de aquí vienen los errores de administración y de gobierno, por imitaciones falsas, que arrastran algunas veces las mayores desgracias. Es pues un arte, y un arte profundo, el estudio de la Historia bajo este gran punto de vista; y si, como es cierto, la utilidad que puede resultar es del género más sublime, es la parte trascendental y, si me es permitido explicarme así, son las *altas matemáticas de la Historia*.

Estas diversas consideraciones, lejos de formar digresión de la materia principal, me preparan por el contrario una solución fácil a la mayor parte de las cuestiones relativas a ella. Pregúntase si el estudio de la Historia puede ser aplicable a las escuelas primarias. Es evidente que estando compuestas de niños cuya inteligencia no está aún desenvuelta, que no tienen ninguna idea, ningún medio de juzgar de los hechos del orden social, no les conviene este género de conocimientos, que sólo es propio para llenarles de preocupaciones, de ideas falsas y erróneas, hacerlos charlatanes y hablantines, como se ha experimentado hace dos siglos, con el sistema vicioso de educación de toda la Europa. ¿Qué entendíamos nosotros en nuestra juventud de la *Histo-*

* Desde aquí hasta el final del párrafo, Zavala traduce una nota (p. 98) de Volney y la incluye, como se ve, en el cuerpo del texto.

ria de Tito Livio o de Salustio, de los *Comentarios* de Julio César o de los *Anales* de Tácito que se nos obligaba a explicar? ¿Qué fruto, qué lección hemos sacado de ellos? Algunos maestros de instrucción habían conocido también este vicio; pero a pesar de sus buenos deseos de introducir en la educación la lectura de los libros hebreos, jamás osaron tentarlo, y se vieron obligados a dar la forma de romance conocido con el nombre de *Historia del pueblo de Dios*. Por otra parte, si la mayoría junta de los niños de las escuelas primarias está destinada a la práctica de las artes y oficios que consumirán todo su tiempo para proveer a sus subsistencias, ¿a qué fin darles nociones que no podrían cultivar, que debían olvidar muy pronto, y que sólo les produciría la pretensión de falso saber, peor que la ignorancia? Las escuelas primarias no admiten, pues, la Historia bajo un punto de vista político; bajo el de las artes pudiera aproximarse más a la inteligencia de los jóvenes, procurando presentarles el cuadro de su origen y de sus progresos, lo que podría acostumbrarles al espíritu de análisis. Pero para este efecto sería necesario componer expresamente obras, y el fruto que se sacase no valdría, puede ser, ni el cuidado ni los gastos.

El único género de Historia que me parece convenir a los niños, es el género *biográfico* o de vidas de hombres públicos o privados. La experiencia ha probado que esta especie de lectura, practicada en las noches en el seno de las familias, producía un efecto poderoso sobre el espíritu de los niños, y excitaba en ellos aquel *deseo de imitación*, que es un atributo físico de nuestra naturaleza y que determina la mayor parte de nuestras acciones. Las impresiones recibidas de esta lectura han decidido muchas veces de la vocación y de la suerte de toda la vida; y estos rasgos son tanto más eficaces cuanto que están menos preparados por el arte, de manera que el niño que hace una reflexión, y forma un juicio, percibe el sentimiento de su libertad, no creyéndose dominado ni influido por una autoridad superior. Nuestros antepasados conocieron bien esto, cuando para acreditar sus opiniones dogmáticas, crearon ese género de obras que se llaman *Vida de santos*. Muchas obras de estas composiciones tienen un mérito regular, y manifiestan talento; algunas son hechas con bastante arte, y conocimiento del corazón humano. Pruébalo el que frecuentemente han llenado su objeto, que es el imprimir en las almas un movimiento y una dirección determinada.

A medida que el genio del siglo se ha separado de esta ruta, se ha pasado a las obras del género filosófico y político; y los *Hombres ilustres* de Plutarco y de Cornelio Nepote han obtenido la preferencia sobre los *mártires y santos padres del desierto*. No puede negarse que estos modelos, aunque profanos, son más acomodados a los usos de la sociedad; pero tienen el inconveniente de retirarnos de nuestras costum-

bres, y de dar lugar a comparaciones impertinentes y capaces de inducir a graves errores. Sería, pues, necesario que estos modelos fuesen tomados de entre nosotros mismos, en nuestras costumbres; y, en el caso de no existir, crearlos; y aquí es aplicable el caso de que el romance, puede ser superior en utilidad a la Historia. Al gobierno toca estimular la formación de libros elementales en este género, y como pertenecen menos a la historia que a la moral, me limitaré a recordar a sus compositores dos preceptos fundamentales del arte de que no deben jamás olvidarse: *claridad y concisión*. La multitud de palabras cansa a los niños, y los hace habladores. Los rasgos concisos, los hacen pensadores y más les aprovechan las reflexiones que ellos mismos hacen, que las que se les presentan.

* Hemos visto que los hechos históricos suministran materia a tres géneros de utilidad: una relativa a los particulares, otra a los gobiernos y sociedades, y la tercera aplicable a las ciencias y a las artes. Pero como ninguna de estas utilidades se presenta por sí misma, y todas traen sus inconvenientes y sus dificultades, y como para aprovecharse de ellas exige precauciones y un arte particular, hemos comenzado el examen de los principios y de las reglas de este arte, y procedemos a desenvolverlas dividiéndolas en dos partes: arte de estudiar la Historia; arte de componer y escribir la Historia.

He manifestado mi opinión relativa a que no conviene a los niños el estudio de la Historia bajo ningún aspecto, porque los hechos de que se compone exigen una experiencia ya adquirida, y una madurez de juicio incompatible con su edad; que por consiguiente debe ser desterrada de las primarias, con tanta más razón cuanto que la mayor parte de los ciudadanos está destinada a los oficios y artes de que deben sacar su subsistencia, y cuya práctica, absorbiendo todo su tiempo, les hará olvidar lo aprendido, y será absolutamente inútil toda noción elemental y especulativa; ahora añado que, obligados a creer sobre la palabra y autoridad magistral, podrán contraer errores y preocupaciones, cuya influencia se extendería a toda su vida. No se trata de saber mucho, sino de saber bien: porque saber a medias, es un saber falso, peor que la ignorancia misma. Lo que puede permitirse de Historia a los niños (yo entiendo bajo este nombre a todos los hombres sencillos y sin instrucción) se debe reducir a la moral, es decir, a los preceptos de conducta, propios para su uso; y como estos preceptos sacados de hechos y de ejemplos son más brillantes, puede hacerse uso de relaciones y anécdotas de acciones virtuosas; sobre todo haciéndolo con sobriedad; porque la abundancia indigesta; para decirlo de

* Comienza la "Sesión quinta".

una vez, el mayor vicio de nuestra educación es querer decir mucho, y nada en substancia. *Se enseña a los hombres a hablar; y se les debería enseñar a callar; las palabras disipan el pensamiento, la meditación lo acumula; la charla nacida de la falta de profundidad, engendra la discordia; el silencio, hijo de la sabiduría, es amigo de la paz.* Atenas elocuente sólo fue un pueblo de revoltosos; Esparta silenciosa lo fue de hombres graves y pensativos; y si Pitágoras recibió el título de sabio entre los griegos fue sin duda por haber erigido el silencio en virtud.

Después de las escuelas primarias y en el segundo grado de instrucción, el espíritu de los jóvenes, más desenvuelto, viene a ser más capaz de recibir la que nace de la Historia. Debemos acordarnos, sin embargo, de que al leer la Historia en nuestra juventud, lo que más excitaba nuestro interés y le arrebatava exclusivamente eran los combates y anécdotas militares. Obsérvese que leyéndose la Historia antigua por Rollin o la de España por Mariana,* pasamos con cierta especie de languidez sobre los artículos de costumbres, de leyes, de política, para llegar a los sitios, asaltos, batallas o aventuras particulares; y en estas aventuras e historias personales preferimos ordinariamente las de guerras, desafíos, y movimientos semejantes a la vida pacífica de los legisladores y de los filósofos, lo que conduce naturalmente a dos reflexiones: una, que el estudio de la Historia no llega a ser útil a los jóvenes a quienes ofrece pocos puntos de contacto; la otra, que no afectándoles sino por el lado de las pasiones,** sería peligroso abandonarlos sin guía. Sólo es conveniente ponerles en las manos historias preparadas o elegidas con determinado objeto. Mas entonces, ¿es Historia la que se les enseña? ¿Los hechos que se les muestran son como más bien un romance, o un libro de educación?¹⁰ Sin duda, y como he dicho, este método tiene sus ventajas; pero puede tener sus inconvenientes; porque así como nuestros antepasados de la Edad Media se engañaron adoptando una moral que contraría todas las inclinaciones de la naturaleza en vez de dirigirlas, es de temer, del mismo modo, que la generación presente tome un camino que tienda a exaltar las pasiones en lugar de modelarlas. De manera que, pasando de una *ciega credulidad, a una incredulidad feroz, de una apatía misantrópica a una agitación devoradora, de una paciencia servil, a un orgullo opresor e*

* “O la de Francia de Velly”, según el texto de Volney.

** En el texto traducido (anónimo) se añade al efecto de las pasiones, el moral (p. 109); Zavala decidió traducir únicamente el segundo término.

¹⁰ En general todas las historias no son como las refiere el historiador; Helvecio ha dicho muy bien: “La Historia es el romance del espíritu humano, y las novelas son la historia del corazón.” [En el texto traducido (anónimo) no se habla de Helvecio, sino de Fontenelle. Editor.]

insocial, no haríamos más haber mudado de fanatismo, separándonos del de los godos del siglo nueve y volviendo al de los primeros pueblos bárbaros, nuestros padres.* Tales serían los efectos de *esa doctrina moderna* que tiende a exaltar la naturaleza más de lo que da de sí, y la conduce más allá de lo que demanda nuestra propia conservación de esa doctrina que llama patriotismo al odio feroz contra toda nación; como si el amor exclusivo de sí mismo no fuese la virtud de los lobos y de los leones.**

La historia nos enseña que *Haraldi*, rey de Dinamarca, que vivió a mediados del siglo diez, había fundado sobre la costa de Pomerania una ciudad llamada *Julin*, o Jomsbourg, que envió a ella una colonia de jóvenes dinamarqueses y dio el gobierno de ella a un tal *Palnotoka*. Este nuevo *Licurgo* había hecho de su ciudad una segunda *Lacedemonia*, en que todo era únicamente dirigido al objeto de formar soldados. Había prohibido, dice el autor de la historia, pronunciar aun el nombre de *miedo* en los más grandes peligros. Jamás un ciudadano de *Julin* debía ceder al número, cualquiera que fuese; sino batirse intrépidamente, sin poder huir, en ningún caso; la vista misma de la muerte no era excusa. Parece que este legislador acertó en efecto a destruir en la mayor parte de sus educandos hasta las raíces de este sentimiento tan profundo y natural, que nos hace ver con la destrucción de nuestro individuo. Nada lo prueba mejor que un rasgo de su historia que merece ocupar aquí lugar, por su singularidad.

Algunos de entre ellos hicieron una irrupción en los estados de un señor noruego llamado *Haguin* y fueron vencidos a pesar de su obstinación en la resistencia; hechos prisioneros, muchos de sus jefes fueron condenados a muerte, según el uso del tiempo; en vez de afligirles esta noticia, les llenó de gozo; el primero, al cortarle la cabeza se contentó con decir: *¿Por qué no me había de suceder lo mismo que a mi padre? Él murió, yo muero*. Un guerrero, llamado *Trochill*,*** le preguntó antes de cortarle la cabeza al segundo ¿qué pensaba? Le contestó que lo que estaba pensando era que las leyes de su país prohibían el pronunciar una sola palabra que significase miedo. A la misma pregunta contestó el tercero que estaba lleno de gozo muriendo con gloria, preferible a

* En el texto de Volney se lee así: "y abandonando el de los godos del siglo nono, volveremos al de lo hijos de Odín, los francos y los celtas, nuestros primeros abuelos" (p. 110).

** A partir de aquí Zavala no incluye un parrafazo donde Volney critica las costumbres guerreras, feroces, de la Europa de su tiempo, y pone de relieve además los extremos a que conduce una educación bélica, como en el caso del gobernador escandinavo de Jomsbourg, que el autor nos presenta tomándolo del historiador Mallet [*Introduction à l'Histoire de Dannemarc*, 1775].

*** Forschill. Error de Zavala, del copista, del impresor (?).

la vida infame de *Trochill*. El cuarto dio una contestación más larga y singular: Sufro —dijo— la muerte de buena voluntad, sólo te suplico —añadió, dirigiéndose a *Trochill*— que me cortes la cabeza cuanto antes, para salir de una duda que se ha agitado muchas veces entre nosotros, a saber: si cortada la cabeza se conserva algún sentimiento. Voy a tomar ese cuchillo con esta mano, si después de decapitado lo dirijo hacia ti, será una prueba de que no se pierde del todo el sentimiento, si se me cae, será prueba de lo contrario; apresúrate a decidir la cuestión. El historiador cuenta que *Trochill* cortó la cabeza y el cuchillo cayó al suelo. El quinto, murió burlándose de sus amigos. El sexto dijo a *Trochill*: dame a la cara el primer golpe, y observa si siquiera cierro los ojos; porque estamos acostumbrados en *Jomsbourg* a no dar a la muerte señal de miedo, aun cuando se nos ataca de muerte; murió en presencia de todos dando pruebas de la verdad de su dicho. El séptimo era, dice el historiador, un joven de una belleza suma, y de muy poca edad. *Trochill* le preguntó, como a los demás, si temía a la muerte: “Yo la recibo, dijo, como un bien; pues que he cumplido mi primera obligación, yo no puedo sobrevivir a mis compañeros; sólo te ruego que ningún esclavo toque mis cabellos, y que, no se manchen con mi sangre”. Eran muy hermosos, y parecían de seda dorada, dice el historiador.

Este rasgo histórico prueba cuál es el poder de la educación aun en un género tan contrario a la naturaleza, y prueba también el abuso que podría hacerse de la Historia, pues éste y otros ejemplos han autorizado este género de fanatismo. Tal es el riesgo que hallo en efecto en la Historia, de ofrecer eternamente escenas de locura, de vicios y de crímenes, y por consiguiente modelos y estímulos a los mayores extravíos.

En vano se dirá que los males que resultan bastan para separar de estos ejemplos a los lectores. Es una verdad muy profunda en moral, y a la que no se hace mucha atención, *que el espectáculo del desorden y del vicio deja siempre peligrosas impresiones, y que menos sirve a separar que a animar a él su vista*, estimulando la excusa que suministra el ejemplo. El mismo mecanismo físico hace que *una relación obscena deje en el alma más casta semilla de turbación*, y que el mejor medio de conservar la virtud es el de no presentarle las imágenes del vicio.

En el género, pues, de que hablo diré que las mejores obras son las menos malas, y que el partido que prudentemente debe seguirse es el de esperar que los jóvenes tengan ya un juicio maduro y libre de la influencia magistral, para introducirlos en el estudio de la Historia. Su espíritu nuevo, pero no ignorante, sería muy a propósito a abrazar los puntos de vista interesantes, y a no ceder a las preocupaciones que inspira una rutinera educación. Si yo hubiera de entablar un plan de estudios sobre esta materia, ved la marcha que me parecería más conveniente.

Primeramente exigiría que mis alumnos tuviesen nociones preliminares en las ciencias exactas, tales como las matemáticas, la física, el estado del cielo y del globo terrestre, es decir, que tuviesen el espíritu lleno de medios y términos de comparación para juzgar de los hechos que se les refiriesen. He dicho del estado del cielo y del globo terrestre porque, sin algunas ideas de astronomía, nada se concibe de la geografía y, sin algunos elementos de ésta, no se pueden colocar las escenas de la Historia que flotan en el espíritu como las naves en el aire. No exigiría que mis discípulos hubiesen profundizado los detalles de estas dos ciencias; la Historia se los suministraría, ni tampoco quiero que estén exentos de preocupaciones, ya en moral, o en materias religiosas; bastaría que no se obstinasen en nada y que tuviesen las disposiciones necesarias para el espíritu de observación, y no dudo que el espectáculo variado de todos los contrastes de la historia, rectificaría sus talentos. La principal causa de la obstinación e intolerancia es no haber conocido más que su casa y sus parientes; no haber visto más que el campanario de su parroquia, porque uno y otro no son más que el fruto del egoísmo ignorante. Mas cuando se han visto muchos hombres, comparado muchas opiniones, se advierte que cada hombre tiene su valor, cada opinión sus razones, y se despoja uno de los ángulos salientes de una vanidad pueril, para rolar tranquilamente en el torrente de la sociedad. Este fruto de utilidad que se recoge de los viajes, lo procura también la Historia; ella es un viaje que se hace con aquel agrado que sin cansancio, sin peligro, ni mudar de lugar, proporciona la vista del universo, de los tiempos y lugares. Pero así como los viajeros no van repentinamente a los países inhabitados e inaccesibles para venir a los conocidos y cultivados, sino por el contrario; del mismo modo, quisiera que mis discípulos en Historia no entrasen desde luego en la noche de una antigüedad desconocida, ni en los siglos inconmensurables, para de allí, sin saber cómo, pasar a la historia de nuestros días, que no tienen ninguna analogía ni semejanza con aquéllos; deberán evitar, pues, esa especie de libros que en una sola página hablan del principio del mundo y calculan las más remotas épocas como el día de ayer, declarando que no hay más que creer lo que dice. Mas como el razonamiento es una brújula que debe servirnos de perpetua guía, es necesario dejar a esos habitantes de las antípodas en su polo austral; e imitando a los prudentes navegantes, partir de nuestra casa, avanzar con la sonda en la mano y caminar con cautela de lo conocido a lo desconocido. Soy, pues, de parecer que lo primero que debe estudiarse es la Historia del país en que se vive, y en donde se pueden adquirir las pruebas materiales de los hechos y ver los objetos de comparación. Sin embargo, no pretendo por esto condenar el mé-

todo de principiar por un país extranjero; porque el aspecto de un nuevo orden de cosas, de usos, de costumbres que no se semejan a las nuestras, tiene un efecto poderoso para romper el curso de nuestras preocupaciones, y para presentarnos a nosotros mismos, bajo un punto de vista diferente que en el que nos hemos conocido antes, lo que produce al mismo tiempo el desinterés y la imparcialidad.

Mas yo prescribo como precisa condición que la Historia sea de países y tiempos conocidos; cuya verdad pueda verificarse. Nuestros discípulos tomarán una idea general de un país, de una nación dadas en el escritor más conocido y estimado; adquirirán una primera escala de tiempos, a la que todo deberán regirlos. Si quisiesen profundizar los detalles, habrán ya hallado en esta primera obra la indicación de los originales, y podrán consultarlos y compulsarlos; podrán vivificarlos también sobre los artículos en que su autor hubiese manifestado incertidumbre o embarazo. De una nación, o de un periodo conocido, pasarán a otro vecino que les hubiese interesado más, y tuviese más conexión con los puntos necesarios a aclararse o desenvolverse. De esta manera tomarán paso a paso conocimiento suficiente de la Europa, de la América, del África y del Asia, no olvidando nunca mi principio de proceder de lo conocido a lo desconocido. Adquiridas estas ideas, nos embarcaremos en el golfo de la antigüedad, pero con prudencia, y ganando de escala en escala, y llenos de temor de perdernos en un mar sin playas ni estrellas; al llegar a los confines extremos de los tiempos históricos, y percibiendo algunas épocas ciertas en ellos, nos colocaremos en ellos como sobre promontorios, y desde ellos procuraremos percibir en el tenebroso océano de la antigüedad algunos de esos puntos notables que, del mismo modo que las islas, sobrenadan en las ondas de los acontecimientos; y sin desamparar la tierra tentaremos conocer por diversas relaciones, como por triángulos, la distancia, y ésta vendrá a ser para nosotros una base cronológica que servirá a medir las distancias de los demás.

Tan luego como veamos algunos puntos ciertos, y que podamos medir los intervalos, avanzaremos con la sonda en la mano; y cuando no percibamos más que tinieblas y nubes, y los fabricantes de cosmogonías y mitologías se presenten a conducirnos al país de los prodigios y de encantos, volveremos sobre nuestros pasos, porque estas guías imponen por condición no examinar, y marchar a ciegas... Mis discípulos, es verdad, quedarán llenos de dudas sobre la cronología de los asirios y de los egipcios; no podrán estar seguros de saber a punto fijo la época de la guerra de Troya, y se inclinarán a dudar la existencia humana de todos los semidioses, del diluvio de Deucalión, de la navegación de los argonautas, y de los ciento quince años del rei-

nado de Folis* el Chino, como también de todos los prodigios caldeos, árabes, indianos, más semejantes a las mil y una noches que a la Historia; pero en recompensa habrán adquirido ideas sanas sobre un periodo de cerca de tres mil años, que es todo lo que conocemos de verdaderamente histórico; y compulsando sus notas, y todos los extractos de la lectura, que habrán hecho cuidadosamente [tendrán así], los medios de sacar de la Historia toda la utilidad de que es susceptible.

Acaso se me dirá que semejante plan de estudio requiere años para su ejecución, y que es capaz de absorber el tiempo, las facultades de un individuo; que de consiguiente no puede convenir sino a un pequeño número de hombres que, sea por sus arbitrios personales, sea por los que les proporciona la sociedad, podrán dedicar todo su tiempo y facultades a estos objetos. Convengo con la verdad de esta observación y tanto más cuanto que es el resultado de mis principios. Mientras más considero la naturaleza de la Historia, la hallo menos propia a ser el objeto de los estudios vulgares, y divididos en varias clases. Concibo por ejemplo cómo y de qué modo todos los ciudadanos deben estar instruidos en el arte de leer, escribir, contar, dibujar; cómo y por qué se les deben dar lecciones de matemáticas que calculan los cuerpos, de geometría que los mide, de física que hace sensibles sus cualidades; de la medicina elemental que nos enseña a conducir nuestra propia máquina y mantener nuestra salud; de la geografía que nos hace conocer el rincón del universo en que vivimos, o es necesario vivir.

En todas estas nociones veo muchas necesidades usuales y prácticas comunes a todos los tiempos de la vida, a todos los instantes del día, a los estados todos de la sociedad; veo objetos tanto más útiles cuanto que sin cesar presentan al hombre obrando sobre él continuamente, no puede ni sustraerse de sus leyes por su voluntad, ni eludir su poder por razonamientos ni sofismas; tiene presente el hecho; lo toca y no puede negarlo; mas en la Historia, en ese cuadro fantástico de hechos ya pasados de que sólo queda la sombra, ¿qué necesidad hay de conocer esas formas fugaces que han perecido y nunca renacerán? ¿Qué importa, al labrador, al artesano, al comerciante, que haya existido un Alejandro, un Atila, un Tamerlán, un imperio de Asiria, un reino de Bactriana, una república de Cartago, de Roma o Esparta? ¿Qué tienen de común estos fantasmas con su existencia? ¿Qué necesidad tiene de estas nociones para vivir y qué utilidad puede acarrearle para ser feliz? ¿Están menos sanos, menos contentos por ignorar que han existido grandes filósofos, ni grandes legisladores llamados Pitágoras, Zoroastro, Confucio o Mahomet? Se desaparecieron los hom-

* Fohi el Chino (Volney, p. 124).

bres, quedaron sus máximas que son las importantes, y que nos sirven, sin atender al molde que las produjo y que la naturaleza misma ha deshecho, sin duda para instruirnos; no ha quebrado los modelos, y si la máxima interesa la existencia real, es necesario confrontarla con los hechos naturales; su identidad, o su disonancia, decidirá del error o de la verdad. Pero, lo repito, no hay necesidad de conocer tantos hechos que ya no existen, y me parece que ofrece muchos inconvenientes hacerlos el objeto de una ocupación general y clásica; uno de éstos es emplear su tiempo y dedicar la atención que serían más útilmente empleados en las ciencias exactas, y de primera necesidad; otro es la dificultad de hacer constar la verdad y certidumbre de los hechos; dificultad que abre las puertas a los debates, y a los enredos de la argumentación que, a la demostración palpable de los sentidos, sustituye sentimientos vagos de conciencia interior y de persuasión; raciocinio de gentes que no razonan, y que adhiriéndose al error como a la verdad, no son más que la expresión del amor propio, siempre pronto a (expresarse) exasperarse por la menor contradicción, y a engendrar el espíritu de *partido*, que produce el entusiasmo y el fanatismo. Éste es otro de los inconvenientes de la Historia, el no ser útil más que por sus resultados, siendo sus elementos tan complicados, tan movibles, tan capaces de inducir al error, no habiendo nunca una certidumbre completa de hallarse exento de él. Insisto, pues, en la idea de considerar la historia no como una ciencia, porque este nombre sólo me parece que debe aplicarse a conocimientos demostrables, tales como las matemáticas, la física, la geografía, sino como un arte sistemático de cálculos puramente probables como el de la medicina, porque aunque es cierto que en el cuerpo humano los elementos tienen propiedades fijas, y sus combinaciones un juego constante y determinado, sin embargo, como estas combinaciones son numerosas y variables, y se manifiestan a los sentidos por sus efectos, resulta para el arte de curar un estado vago y conjetural que forma su dificultad y la eleva sobre la esfera de nuestros conocimientos vulgares. Así también en la historia; aunque sea cierto que tales hechos hayan producido tales acaecimientos y tales consecuencias; no obstante, como el estado positivo de estos hechos, sus relaciones y reacciones no son determinadas y conocidas, resulta una posibilidad de error que hace sus aplicaciones y su comparación a otros hechos, una operación delicada que exige genios muy ejercitados en este género de estudios y dotados de una grande delicadeza de tacto. Es verdad que en esta última consideración designo especialmente la utilidad política de la historia, y confieso que a mi modo de ver esta utilidad es su propio y único objeto. La moral individual, el adelantamiento de las ciencias y de las artes, no me parecen más que episodios y partes accesorias. El objeto

principal, el arte fundamental, es la aplicación de la historia al gobierno, a la legislación, a toda la economía política de las sociedades; de manera que yo daría de buena gana a la Historia el nombre de *ciencia filosófica* de los gobiernos; porque en efecto ella enseña a conocer por la comparación de los estados pasados, la marcha de los cuerpos políticos, futuros y presentes, los síntomas de sus enfermedades, las indicaciones del estado de su salud; los pronósticos de sus agitaciones, de sus crisis; en fin, los remedios que se les pueden aplicar. Sin duda el conocimiento de estas dificultades, bajo este punto inmenso de vista, hizo entre los antiguos que el estudio de la Historia fuese exclusivamente ocupación de los destinados a los negocios públicos, y que entre ellos, como entre los modernos, los mejores historiadores fuesen los que se llaman hombres de Estado; sabemos que en un célebre imperio por sus muy buenas instituciones, en muchos géneros, en la China, decimos, hace muchos siglos que hay un colegio especialmente destinado para los historiadores. Han creído los chinos, y con razón, que el cuidado de transmitir los hechos que constituyen la vida de un gobierno y de una nación no debe ser abandonado ni al acaso, ni a los caprichos o intereses de los particulares; conocieron que el escribir la historia era una magistratura que podía ejercer la mayor influencia sobre la conducta de las naciones y de sus gobiernos y en consecuencia han querido que hombres escogidos por sus luces y por sus virtudes se encargasen de recoger los acontecimientos de cada reinado, y de hacer apuntamientos sin comunicarse, echándolos en cajas selladas que no deben de abrirse sino después de la muerte del monarca, o al fin de su dinastía. No es éste el lugar de profundizar esta institución; bástame indicar cuánto apoya la alta idea que yo tengo de la Historia. Paso al arte de componerla.

Dos escritores distinguidos han tratado especialmente del modo de escribir la Historia. El primero Luciano, nacido en Samosata en el reinado de Trajano, y ha dividido su tratado en la parte crítica y en los preceptos. En la primera parte hace burla, con la gracia picante que le es propia, del mal gusto de un enjambre de historiadores que hizo hacer súbitamente la guerra de Marco Aurelio contra los partos, y que vio desaparecer, dice, como los *enjambres de mariposas después de una tempestad*. Entre las faltas de que les acusa se observan principalmente la de hinchazón de estilo, afectación de palabrotas sonantes, abundancia de epítetos y, por una consecuencia natural de este mal gusto, la caída en el exceso contrario; uso de expresiones triviales, descripciones bajas y fastidiosas, la mentira descarada, la baja adulación; de modo que la epidemia de que fueron atacados los escritores romanos al fin del siglo segundo tenía los mismos síntomas que los de que la Europa moderna ha dado ejemplos casi en todos sus pueblos.

Luciano expone en su segunda parte las cualidades y deberes de un buen historiador. Quiere que esté dotado de sagacidad, que tenga el instinto de las consecuencias de las cosas; que sepa pensar y manifestar sus ideas, que sea versado en los negocios políticos y militares; que no tenga ni temor ni ambición; que sea inaccesible a la seducción y a las amenazas; que diga la verdad sin amargura ni debilidad; que sea justo sin dureza; censor sin acrimonia ni calumnia; que no sea dominado por el espíritu de partido; ni aun por el nacional; lo quiero, dice, ciudadano del mundo, sin amo, sin ley, sin miramiento por las opiniones de su tiempo, no teniendo otra mira al escribir que la estimación de los sensatos y el sufragio de la posteridad.

En cuanto al estilo, recomienda Luciano que sea fácil, pero claro, proporcionado a la materia; sencillo habitualmente como narrativo, algunas veces noble, majestuoso, casi poético, según las escenas que pinte; raras veces oratorio, nunca declamador; las reflexiones cortas, la materia bien distribuida, los testimonios bien comprobados, pesados con madurez; en una palabra, que el espíritu del historiador sea un espejo fiel en que reflejen los hechos sin ninguna alteración. Si el historiador tiene que referir algún hecho maravilloso, que lo exponga desnudo, sin afirmar ni negar, para no hacerse responsable; en una palabra, que no tenga por objeto más que la verdad; por móvil el deseo de ser útil, por recompensa la estimación, por estéril que sea, de las gentes sensatas y de la posteridad. Éste es el compendio de las noventa y cuatro páginas del tratado de Luciano, traducido por Massieu.

El segundo escritor, Mably,* ha dado a su obra la forma de diálogo, dividida en dos sesiones. Lo primero que sorprende es ver tres interlocutores griegos hablar de la guerra de los insurgentes americana contra los ingleses. Luciano se hubiera burlado de esta miscelánea; pero el severo Mably no entiende de burlas. En la primera parte habla de los diferentes géneros de Historia, de las historias universales y de sus estudios preliminares. En la segunda trata de las historias particulares, de su objeto, y hace algunas observaciones comunes a todos los géneros.

Al abrir la primera se encuentra el precepto de que es necesario haber nacido historiador, para escribir la historia; admira a la verdad semejante frase en el hermano de Condillac; pero éste, amable y dulce, analizaba; Mably, sombrío y áspero, juzga y divide. Quiere después, con más razón, que sus discípulos hayan estudiado la política, de la que distingue dos especies. Una, fundada sobre las leyes que la na-

* El abate de Mably, autor de *De l'étude de l'Histoire à Monsieur le prince de Parme* (1778) y de *De la manière d'écrire l'histoire* (1783).

turalidad ha establecido para procurar a los hombres la felicidad; es decir, la que tiene por fundamento el verdadero derecho natural. La otra, obra de los hombres, derecho variable y convencional, obra de las pasiones, de la justicia y de la fuerza, de que no resultan sino falsos bienes y grandes desgracias. La primera dará al historiador ideas sanas y justicia, de las relaciones de los hombres entre sí, de los medios de hacerlos felices; la segunda le hará conocer la marcha habitual de los negocios humanos, le enseñará a calcular sus movimientos y prever sus efectos y a evitar las desgracias. En estos preceptos y en algunos otros semejantes Mably es más ilustrado, más instructivo que Luciano. Pero es de sentir que no haya imitado ni el orden, ni la claridad, y sobre todo ni la gracia con que se explica éste. Toda su obra respira una morosidad sombría y descontenta; ningún moderno vale por él nada; todo es imperfecto menos lo antiguo, en su opinión; se manifiesta decidido por ellos; y sin embargo da la preferencia a Grocio, en su *Historia de los Países Bajos*, sobre Tácito. Tácito, dice Mably, no ha sacado ninguna lección del reinado de Tiberio; su pincel es fuerte, pero sin instrucción; a su manera de pintar la conducta de los romanos para con los pueblos llamados bárbaros, habría una justa razón para dudar de su filosofía. Mably no conoce, no confiesa nada de bello, ni de admirable, sino la historia romana de Tito Livio, que una justa crítica tiene derecho de llamar una novela; y como él mismo ha percibido esto, quisiera quitarle una multitud de pasajes que le mortifican; le gustan las arengas que allí se refieren, y que los autores de la historia jamás pronunciaron; elogia a Bossuet por haber presentado un gran cuadro dramático, en su *Historia universal*, y maltrata a Voltaire hasta con grosería, por haber dicho que la Historia no era más que un romance probable, bueno solamente cuando podía ser útil. Es preciso confesarlo, la obra de Mably, difusa y redundante, sin estilo ni método, no es digna del autor de las *Observaciones sobre la historia de Francia*. No tiene la concisión didáctica que debe ser su principal mérito, y que falta también al escritor griego.

Las ciento ochenta páginas de Mably se pueden reducir fácilmente a veinte páginas de buenos preceptos. Se ganarán ocho novenos de tiempo, y se ahorrará todo el disgusto de su biliosa sátira. No le imputemos sin embargo un crimen por esto, pues bastante tormento le causaba. No se nace historiador; pero se nace alegre o bilioso, y por desgracia el cultivo de las letras, la vida sedentaria, los estudios profundos, los trabajos del espíritu, espesan la bilis, y causan obstrucciones, que entorpecen las funciones del estómago *asiento permanente de toda alegría y de todo pesar*. Murmúrase: a los literatos se les debería compadecer; se les reprende de apasionados; pero las pasiones forman su

talento, y todos recogen el fruto. Tienen una gran falta, y es el ocuparse más de los otros que de sí mismos, de haber descuidado demasiado hasta hoy el conocimiento físico de su cuerpo, de esta máquina animada por la que viven; y de haber desconocido las leyes de la fisiología y de la dietética; ciencias fundamentales de nuestras afecciones. Convendría este estudio, sobre todo, a los escritores de historias particulares y les daría un género de utilidad tan nuevo como importante. Si un observador, al mismo tiempo moralista y fisiologista, estudiase las relaciones que hay entre las disposiciones de su cuerpo y las situaciones de su espíritu; si examinase con cuidado a qué horas, en qué días hay más actividad en el pensamiento, o languidez o calor en el sentimiento; aspereza o tenacidad, abatimiento o agilidad, percibiría que estas fases ordinariamente periódicas del espíritu corresponden exactamente a las variaciones periódicas del cuerpo: a las digestiones lentas, o fáciles, buenas o malas; a los alimentos dulces o acres; calmantes o estimulantes, sobre lo cual ciertos licores, en particular el vino y el café, ofrecen ejemplos muy notables; las transpiraciones detenidas o aumentadas, en una palabra se convencería que el *juego bien o mal arreglado de la máquina corporal* es el poderoso regulador del órgano sensorio y pensador; y que, por consiguiente, lo que se llama vicio del espíritu o del carácter es más bien defecto del temperamento, o de sus funciones, y que para corregirlo no habría necesidad más que de un buen régimen, resultado de un trabajo de esta naturaleza bien hecho, y explicando con claridad la utilidad de que manifestándonos en las hábitos físicas las causas de muchos vicios y de muchas virtudes, nos suministraría reglas preciosas de conducta, aplicables según los temperamentos, inspirando al mismo tiempo el espíritu de indulgencia y afabilidad para con ciertos nombres que son obstinados e intolerantes, no viendo en ellos ordinariamente más que hombres enfermos o mal constituidos a quienes sería conveniente enviar a los baños del Peñón, o a mudar de aires a San Agustín [Tlalpan].

* Luciano ha tratado de las cualidades necesarias al historiador, y del estilo conveniente a la Historia; Mably ha añadido observaciones sobre los conocimientos accesorios y preparatorios que exige este género de composición, reduciéndolos casi al derecho de gentes, ya natural, ya ficticio o convencional, de que hacía su estudio favorito. La materia no me parece enteramente agotada, y voy a juntar a los preceptos de estos dos autores algunas reflexiones sobre el arte de recoger y presentar los hechos históricos.

* Comienza la "Sesión sexta".

Concibo cuatro modos diferentes de tratar y componer la Historia: primero, por orden de tiempos, que yo llamo método didáctico [o analista]; segundo, por la conexión y correlación de los hechos, que llamo método dramático o sistemático; tercero, por el orden de las materias; cuarto, por la exposición analítica de todo el sistema físico y moral de un pueblo, al que llamo método analítico o filosófico. Voy a explicarme.

El primer método por orden de los tiempos consiste en juntar y clasificar los sucesos según las fechas, no mezclando a la narración pura y sencilla ningunas reflexiones. Los que dan el nombre de *natural* a lo que está hecho sin aliño ni arte pueden dar esta denominación a este método; pero los que en toda producción ven siempre la mano de la naturaleza, con la única diferencia de más o menos combinación, dirán que este método es el más simple, el menos complicado, y que exige menos cuidado en su composición. Así es que es de creer que fue el que primero usaron todas las naciones bajo el nombre de anales y de crónicas. Sin embargo, bajo esta denominación modesta se ha elevado algunas veces a grado sublime de mérito. Cuando los escritores han sabido, como Tácito en sus *Anales*, y Tucídides en su *Guerra del Peloponeso*, elegir hechos interesantes, y añadir a la corrección de los cuadros los coloridos brillantes y firmes de la expresión. Si por el contrario los escritores admiten hechos sin crítica, los amontonan sin discernimiento ni crítica, si los reducen a sucesos sumarios y estériles de reinados, de príncipes, de muertes, de guerras, de combates, de pestes, de hambres, como lo han hecho casi todos los historiadores antiguos y modernos del Asia, y los de las edades Baja y Media de Europa (esto es desde el siglo 4o. hasta el 14), es necesario convenir en que este género de composición, privado de instrucción y de vida, tiene toda la insipidez, y lleva consigo la idea de menosprecio que es anexa al nombre de crónica.*

El segundo método, que yo llamo dramático, o sistemático, consiste en hacer entrar en el curso principal y dominante de la narración todos los sucesos accesorios, los acontecimientos laterales, ligándolos y confundiéndolos con los principales. Tenemos un ejemplo caracterizado de este método en la Historia de Herodoto que, habiendo tomado por base de su texto la guerra de los persas contra los griegos, ha compasado los incidentes de tal manera que, remontando desde lue-

* Zavala suprime a partir de aquí varios renglones, a saber: "Este género de historia es solamente como un dibujo al que falta el bordado, y así, aun cuando los materiales estén bien escogidos y completos, no pasa de un trabajo reducido a un primer paso para todas las otras clases de historia a que sirve, por decirlo así, de cartería o almacén" (v. II, p. 8).

go al origen de los dos pueblos actores principales, sigue la forma gradual de su poder en todos los ramos que vienen después a mezclarse y confundirse, como un geógrafo sigue y toma desde su origen todo el curso de las aguas que forman después un torrente principal. Por una serie de incidentes hábilmente preparados, Herodoto hace conocer a su lector a los lidios, los medos, los babilonios sometidos por Ciro al yugo de los persas montañeses; después los egipcios conquistados por Cambises; los escitas atacados por Darío, luego los judíos, y con ocasión de hablar de éstos da una ojeada general al resto del mundo conocido entonces, vuelve finalmente el asunto principal que termina con el suceso, clave de toda su historia, la gloriosa victoria de los pequeños pueblos de Grecia combatiendo en Salamina y en las Termópilas contra el inmenso ejército de Jerjes. En este método de composición todo está a disposición del autor; todo depende de su arte y de su talento en ligar, suspender y combinar las materias, haciendo un todo correspondiente en todas sus partes; y esto es lo que yo llamo *sistemático*.

Si el historiador limita su carrera a un solo acontecimiento que es la solución de todo lo que ha precedido, y termina la serie de los sucesos, el acrecentamiento de un interés gradual que sus episodios y sus suspensiones han sabido manejar, dan realmente a su objeto el carácter dramático. Éste es eminentemente el género de las historias de las conjuraciones, en que todo termina en un nudo final y resolutivo. Las ventajas diversas y variadas de libertad en la marcha, atrevimiento en la ejecución, amenidad en los detalles, rasgos curiosos en los resultados, parecen haber merecido la preferencia a este método para con muchos autores especialmente modernos. Es una desgracia que por compensación tenga el inconveniente de estar sujeto a errores, dejando mucho lugar a las hipótesis y a la imaginación. Tenemos ejemplos brillantes en las resoluciones de Portugal, de Suecia y de Roma por Vertot, y en un número infinito de otras historias menos bien escritas.

El tercer método, que es el de por orden de materias, consiste en seguir una materia cualquiera que sea, de arte, ciencia, religión, etcétera, desde su origen, o desde una época fija para considerarla sin distracción en su marcha y en sus progresos. Tal ha querido ser la obra de Goguet titulada: *Del origen de las leyes, de las artes y de las ciencias*. La elección de la materia no podría ser más filosófica; desgraciadamente el modo de tratarla, no podía serlo menos...*

* A partir de aquí suprime cosa de dos páginas (12 y 13 de acuerdo con nuestro ejemplar de octavo menor) donde Volney sigue criticando los fundamentos bíblicos de la obra de Goguet por considerarlos históricamente inoperantes. Se comprende que Zavala eliminara estos comentarios críticos que hubieran levantado protestas en el lector público mexicano de entonces.

fundidad una obra del mismo género ha tratado de las mismas antigüedades; hablo de la *Astronomía antigua* de Bailly, cuyos talentos y virtud han recibido de la revolución francesa un salario que no será uno de los menores borrones de esta sangrienta época. Citaré también como historias que pueden servir de modelo por el orden de materias: la *Historia de Inglaterra* por el doctor Herry; las investigaciones de Robertson sobre el comercio de las Indias; la *Historia del fatalismo* por Pheguet,* quien con su *Diccionario de las herejías* ha preparado materiales para una historia del mismo género: la *Historia del "fanatismo"*. De todas las materias que pueden tratarse, no hay una que reúna más eminentemente el carácter histórico al filosófico; pues en sus causas y en sus efectos el fanatismo abrazó por una parte la teoría de las sensaciones, de los juicios, de la certidumbre, *de la persuasión común al error y a la verdad*; de esta doble disposición del espíritu que es algunas veces pasiva y crédula, recibe el yugo como esclavo; otras activo y catequizador lo impone como tirano, y que por otra parte presenta a la consideración entre todas las naciones los síntomas espantosos de una enfermedad de espíritu que aplicándose, ora a las opiniones, ora a las personas, y tomando alternativamente los nombres de *religiosas, políticas y morales*, es siempre la misma en su naturaleza como en sus resultados, que son *el furor de las discordias civiles, la carnicería en las guerras intestinas o extranjeras, la disolución del orden social, el espíritu de facción y el trastorno de las repúblicas por el delirio de la ignorancia y de la presunción*.

El cuarto método, que yo llamo analítico o filosófico, es como el precedente en cuanto al modo de proceder; pero difiere en que en lugar de una materia de arte, ciencia o pasión, etcétera, abraza un cuerpo político, en todas sus partes; es decir, dedicándose a un pueblo, a una nación, considerados como individuos idénticos, les sigue paso a paso en toda la duración de sus existencias física y moral, con esta circunstancia característica, que desde luego pone en orden todos los hechos de esta existencia, para buscar en seguida el modo de deducir de su acción recíproca las causas y los efectos del origen, de los progresos y de la decadencia de ese género de combinación moral que se llama cuerpo, política y gobierno; y así es en alguna suerte la historia biográfica de un pueblo, y el estudio fisiológico de las leyes de aumento y disminución de su cuerpo social. No puedo citar ningún modelo de mi idea, porque no conozco ninguna obra que se haya hecho y dirigido sobre el plan que concibo. Es un nuevo género del que yo mismo aún no he formado idea bien completa, sino de dos años a esta parte.

* Pluquet. Zavala suprime también ahora la *Historia de la hacienda de Francia*, por Forbonnais (II, 14).

El *Viaje de Siria* de M. Volney* es el único modelo que se aproxima. Él mismo dice que fue conducido como por instinto a un nuevo método de escribir la historia, estableciendo desde luego el estado físico del país, a hacer conocer las circunstancias del suelo, y el clima tan diferentes del de Europa, y sin los cuales no podía entenderse una multitud de usos, de costumbres y de leyes. Sobre esta base, como sobre un molde, vino a colocarse la población, de la que consideró sus diversas especies, recordó el origen y siguió la distribución; esta distribución condujo al estado político considerado en la forma de gobierno, en el orden de la administración, en el origen de las leyes, en sus instrumentos y medios de ejecución. Al tratar de los artículos de costumbres, del carácter, de las opiniones, religiosas y civiles, advirtió que sobre un mismo suelo existían a veces contrastes de secta y secta, de raza y raza, y otros puntos de semejanza comunes. El problema se complicaba, y mientras profundizaba más, percibía más y más su extensión y profundidad. La autoridad de Montesquieu se le presentó desde luego para resolver por una regla general de clima, que asociaba constantemente el calor, con la molicie y la esclavitud por una parte, el frío, la energía y la libertad por la otra. Pero la autoridad de Montesquieu estaba contrariada por una multitud de hechos pasados, y por otros existentes que presentan bajo un mismo cielo en un espacio de menos de cuatro grados tres caracteres enteramente opuestos. Yo resistí pues al imperio de una grande autoridad, dice, y tanto más lo pude hacer cuanto que veía a Buffon en un error visible, sobre la pretendida esterilización del terreno en que yo tocaba toda la fertilidad que pudo tener. Con respecto a Montesquieu me pareció evidente, continúa, por lo vago de sus expresiones, que no había hecho más que adoptar y aun alterar una opinión que los filósofos antiguos, especialmente Hipócrates, habían anunciado en un sentido mucho más preciso y verdadero. Conocía yo el célebre tratado de este observador sobre los *Aires, los lugares y las aguas*; había experimentado la exactitud de sus aserciones con respecto de la influencia que ejercen estos tres elementos sobre la constitución y el temperamento; había conocido que una cantidad de las hábitos físicas y morales de los pueblos que yo estudiaba eran el resultado del estado del suelo, árido o pantanoso, llano o montuoso, desierto o fértil; de la calidad y cantidad de los alimentos, y conocí que todas estas circunstancias entraban como otros tantos datos en la solución del problema. Desde ese tiempo no he dejado de ocuparme de esta importante cuestión: “¿Qué influencia

* Véase otro caso palpable de evasiva ocultación por parte del traductor Zavala.

ejerce sobre las costumbres y carácter de un pueblo, el estado físico del suelo considerado en todas sus circunstancias de frío, cálido, seco, húmedo, llano, montuoso, fértil o estéril, y en la calidad de sus producciones?” Si es esto lo que Montesquieu entendió por clima, debió expresarlo y los debates sobre esta cuestión hubieran cesado; porque es evidente que cada día se acumulan nuevos hechos para demostrar que estas circunstancias son las que modifican de una manera poderosa y variada la constitución física y moral de las naciones; que ellas son las que sin relación con las zonas, ni latitudes, algunas veces pueblos muy distantes entre sí se parecen, y otros pueblos vecinos ofrecen contrastes muy notables; que los pueblos en sus emigraciones conserven por largo tiempo hábitos discordantes con su nueva mansión; porque estas hábitos son efecto de un mecanismo de organización preexistente, que hacen por último que, en un mismo cuerpo de nación y bajo un mismo clima, el temperamento y las costumbres se modifiquen según el género de los ejercicios, usos y género de alimentos, etcétera. Síguese de aquí que el conocimiento de esas leyes físicas viene a ser un elemento necesario de la ciencia del gobierno, de la organización del cuerpo social, constituyéndolo en relación con los movimientos de la naturaleza; es decir, la legislación política no es otra cosa que la aplicación de las leyes de la naturaleza; que las leyes ficticias y convencionales, no deben ser otra cosa más que la expresión de las leyes físicas y naturales, y con la expresión de una voluntad caprichosa de un individuo o individuos de una corporación o de un partido, voluntad que, aun suponiéndola de una nación o de muchas, puede ser errada. Pero como en este género de investigaciones, y en esta ciencia naciente, por decirlo así, importa sobre todo no admitir nada de sistemático, voy a exponer la marcha que me parece más propia para conducir a resultados importantes.*

* Aquí pone punto final Zavala a su traducción (II, 21) y faltábale completar, según dijimos, cuarenta páginas más para terminar la sesión sexta. Desde luego falta también en Zavala toda la “Sesión séptima”, treinta páginas de un vivo diálogo crítico entre los asistentes a las conferencias y Volney, el conferencista y profesor.

